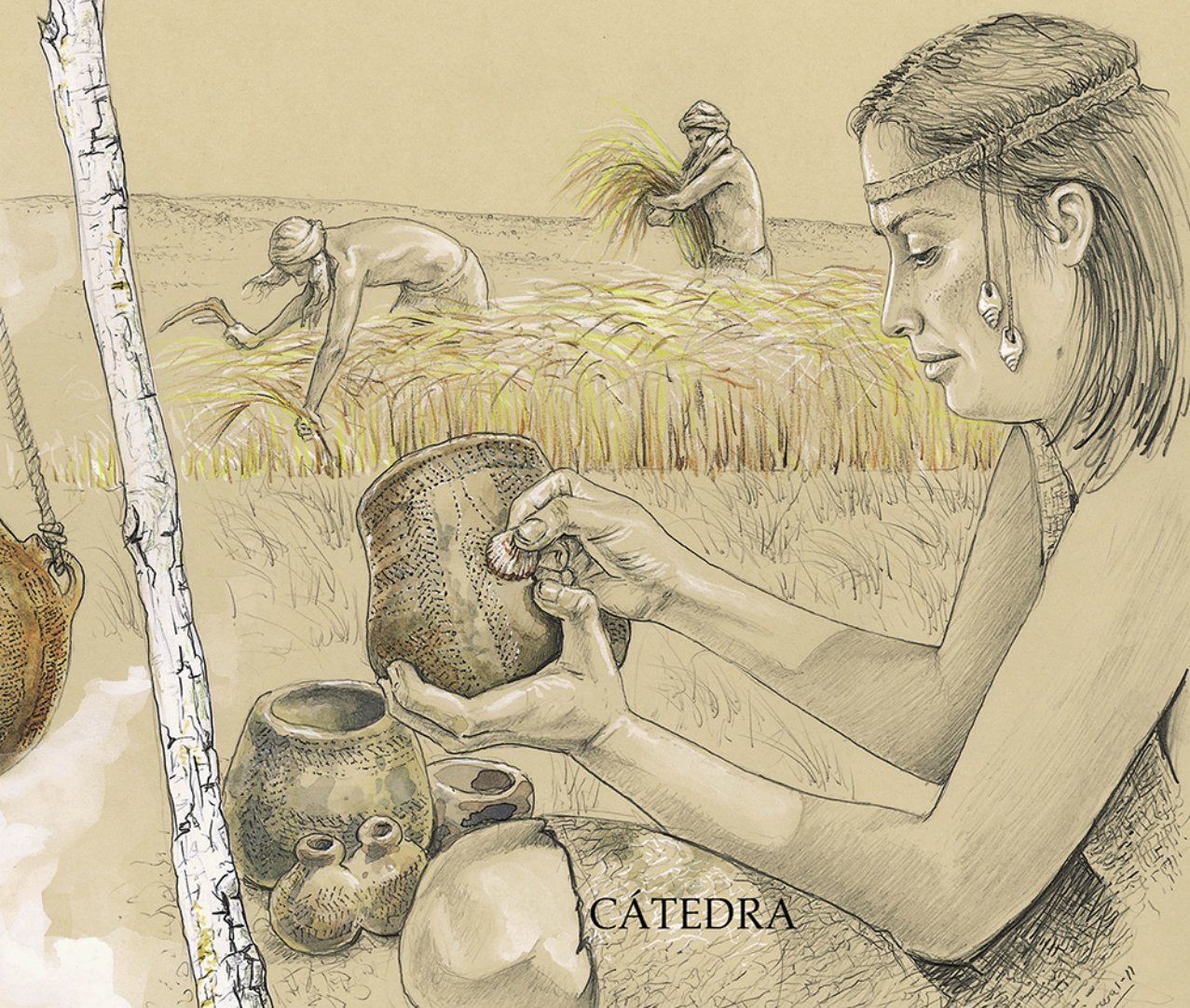
MANUEL A. ROJO GUERRA
RAFAEL GARRIDO PENA
ÍÑIGO GARCÍA MARTÍNEZ DE LAGRÁN (coords.)

EL NEOLÍTICO

EN LA PENÍNSULA IBÉRICA Y SU CONTEXTO EUROPEO



CÁTEDRA

EL NEOLÍTICO
EN LA PENÍNSULA IBÉRICA
Y SU CONTEXTO EUROPEO

Manuel A. Rojo Guerra, Rafael Garrido Pena
e Íñigo García Martínez de Lagrán

EL NEOLÍTICO
EN LA PENÍNSULA IBÉRICA Y SU CONTEXTO EUROPEO

SEGUNDA EDICIÓN

CÁTEDRA
HISTORIA. SERIE MAYOR

Ilustración de cubierta: Luis Pascual Repiso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Para cualquier información dirigirse a catedra_legal@catedra.com

Primera edición electrónica publicada por Cátedra 2018
www.catedra.com

© de los autores, 2012, 2018
© Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 2018
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
I.S.B.N.: 978-84-376-3943-7
Edición en versión digital 2018

Introducción

Hace casi veinticinco años ya que Cátedra publicó el primer manual completo sobre el estado de la cuestión del Neolítico en la Península Ibérica (López, 1988). Este libro ha constituido, sin duda, una referencia ineludible durante todo este tiempo para cuantos decidían aproximarse a esta compleja, pero apasionante, etapa de nuestra Prehistoria. Podía comprobarse entonces en él la clara desproporción existente entre los conocimientos disponibles sobre las regiones de la periferia peninsular, de mayor tradición investigadora en este contexto, y los que se tenían de las tierras del vasto interior, que han merecido la atención de los investigadores en épocas más recientes. Igualmente era patente, en ese primer manual, la falta en muchas zonas de datos referentes al paleoambiente, a los modos de subsistencia, a la cronología...

Desde finales de los ochenta del siglo pasado hasta la actualidad la investigación sobre el Neolítico en la Península Ibérica se ha transformado profundamente. En primer lugar, con la llamada «arqueología de las autonomías», la cual en muchas regiones promovió la realización de inventarios provinciales y cartas arqueológicas que aumentaron considerablemente el número de yacimientos neolíticos y evidenciaron una ocupación generalizada y mucho más densa de lo que hasta entonces se pensaba de toda la Península Ibérica. Pero fue, sobre todo, entrados ya los noventa, cuando se pusieron en marcha diferentes proyectos de investigación en el ámbito académico (universidades, CSIC) sobre yacimientos y temas específicos que produjeron un salto cualitativo y cuantitativo en la información disponible. En este momento, a la vez que seguía desarrollándose la investigación en zonas como Levante, Andalucía o Cataluña, otras áreas, fundamentalmente del interior, comenzaron a mostrar un enorme dinamismo y una importancia trascendental en este período, como el valle del Ebro, ambas Mesetas, Extremadura, otras zonas de Andalucía, Portugal, etc., sin olvidarnos de los destacados resultados en otras zonas, como la cornisa cantábrica o Galicia.

Sin lugar a dudas, otro elemento fundamental en este aumento significativo de la información ha sido la arqueología de gestión. Los trabajos desarrollados por multitud de empresas en distintos proyectos relacionados con las infraestructuras o las promociones inmobiliarias, por ejemplo, han sacado a la luz una enorme cantidad de yacimientos, algunos de los cuales son titulares de los hallazgos más espectaculares relacionados con el Neolítico en los últimos años.

Todo este caudal de información ha tenido su respuesta en la producción bibliográfica, que, en los últimos años, ha aumentado considerablemente en lo que respecta a las cuestiones relacionadas con el Neolítico. Todos estos datos se han publi-

cado en multitud de artículos, monografías variadas, memorias de yacimientos, incluso algunas síntesis de zonas específicas. Entre todas estas publicaciones, ha sido fundamental la celebración periódica de congresos monográficos sobre el Neolítico peninsular, como en Gavá (1995), Santander (2003), Alicante (2006) y, recientemente (2011), en Lisboa-Faro. Estas reuniones han servido de foro privilegiado para la presentación de nuevos hallazgos y el contraste de modelos, teorías e interpretaciones. La publicación de sus actas, como las de Gavá en la revista *Rubricatum* (1996), Santander en Arias, Ontañón y García Moncó (2005) y Alicante en Hernández, Soler y López (2008), ha servido para dar a conocer a la comunidad científica estos recientes hallazgos, pero se trata, en cualquier caso, de una información en buena medida dispersa y desigual.

Además, durante todo este tiempo, tal vez los investigadores peninsulares no hemos sabido dar al Neolítico de nuestra región una merecida y justificada dimensión continental. En este sentido, hasta no hace mucho tiempo, las publicaciones sobre la Península Ibérica en foros internacionales eran una excepción, y las referencias a ella en los manuales o síntesis europeas sobre este tema, muy reducidas y parciales.

En resumen, tras la primera década del siglo XXI, los coordinadores de este libro y otros muchos investigadores con los que compartimos nuestras inquietudes y opiniones llegamos a la conclusión de que era necesario realizar una monografía específica sobre el Neolítico peninsular que diera de él una visión renovada y actualizada. Este manual, por un lado, debía recoger y, en cierta manera ordenar, los innumerables datos producidos en las últimas décadas, no solo respecto a la excavación de nuevos yacimientos, sino también en lo concerniente a cuestiones ambientales, económicas, poblacionales, cronológicas, etc. Y, por otro, debíamos hacer un esfuerzo por situar al Neolítico peninsular en el marco europeo.

Para ello, ideamos un formato donde se recogieran, en primer término, las visiones generales más amplias, que aportan tanto los trabajos a escala europea, realizados por investigadores extranjeros, desde una perspectiva externa, siempre diferente y enriquecedora, como los de ámbito peninsular, en torno a aspectos globales de tanto interés como la agricultura, la ganadería, los lugares de asentamiento o las sepulturas.

Por otro lado, también creímos necesario mostrar un estado de la cuestión en las diferentes áreas peninsulares, mediante síntesis regionales acometidas por especialistas de reconocido prestigio y trayectoria en la investigación del Neolítico en cada una de ellas.

Con ello intentamos, por una parte, situar los grandes asuntos del Neolítico peninsular en su contexto europeo, del que forman parte indisoluble, y, por otra, presentar de forma detallada y sistemática el registro arqueológico y las conclusiones básicas que de él se derivan en las diferentes áreas que componen la compleja y variopinta geografía peninsular.

En aras de la claridad y la homogeneidad de los resultados, decidimos pedir a los autores unas síntesis regionales que siguieran un cierto esquema de trabajo, donde no podían faltar las evidencias actualizadas sobre aspectos vitales como la información paleoambiental y paleoeconómica, las dataciones de C14, o la cartografía exhaustiva de los yacimientos conocidos hasta el presente. Además, pensamos que valía la pena que se destacasen una serie de sitios significativos en cada región, por su relevancia o novedad, y que aparecieran, de forma más detallada, en diferente formato a modo de fichas.

Queremos agradecer a todos estos autores su paciencia y su trabajo, así como su compartido convencimiento de que una tarea tan compleja y difícil, como el diseño y ejecución de este libro, merecía la pena. En especial queremos destacar su esfuerzo en recopilar las abundantes dataciones radiocarbónicas existentes en cada región en la actualidad, gracias a lo cual hemos podido realizar una tabla general muy extensa que recoge todas ellas al final del libro, que constituirá una referencia importante para la comprensión del marco cronológico en el que se desarrolla el Neolítico peninsular. En dicha tabla se recogen el más de un millar de fechas absolutas que existen. Se presentan por regiones con los datos fundamentales para su identificación, procedencia, contexto, calibración y la correspondiente referencia bibliográfica que permita al lector acudir a la fuente original para su posible valoración crítica.

Tampoco queremos olvidar el enorme esfuerzo de la editorial Cátedra, que ha sabido comprender tanto la importancia y el valor de la tarea que emprendimos juntos, como su complejidad.

Esperamos que el resultado de un esfuerzo colectivo tan grande facilite el acceso a todo ese gran caudal de nuevas evidencias y propuestas teóricas surgidas en los últimos años, tanto a los especialistas en la materia como al público en general y al alumnado que trata de aproximarse al estudio de una de las etapas más interesantes, complejas e importantes, por sus consecuencias posteriores, de la historia de las sociedades humanas que habitaron la Península Ibérica durante la Prehistoria.

Por último, queremos dedicar el libro a todos aquellos investigadores que, como nosotros, sienten pasión por esta época de la Prehistoria, pero de manera muy especial a Marek Zvelebil cuyas investigaciones han sido fundamentales para comprender el proceso de neolitización en Europa. Aceptó formar parte de los autores que escribirían este libro y, pese a su enfermedad, quiso mantener su compromiso hasta que la muerte le sorprendió sin concluir su trabajo. Sirva, pues, este libro, como un humilde homenaje a su memoria.

Parte primera

El Neolítico en Europa y la Península Ibérica

Capítulo primero

El Neolítico en Europa: cuestión de escala y tempo[1]

Alasdair Whittle
(Traducción: Rafael Garrido Pena)

Una gran transformación: características generales

El período neolítico en Europa, como en el resto del mundo, es una de las grandes transformaciones de la historia humana. En el 7000 a.C. solo había cazadores-recolectores por todo el continente, pero algo después del 4000 a.C. apenas quedaban unos pocos, y en torno al 3000 a.C., casi ninguno ya, salvo en el norte. Si consideramos que el Neolítico termina en el tercer milenio a.C. —los criterios y definiciones varían en cada región y resulta en sí mismo problemático separar este período de la Edad del Bronce subsiguiente—, en el tiempo que transcurre entre el VII y el IV o III milenio a.C. se asiste a la aparición de numerosos asentamientos de diversos tipos, frecuentemente construcciones con estructura de madera y en ciertas áreas con profundas estratigrafías que reflejan largas ocupaciones de esos lugares; del cultivo de cereales y la ganadería de vacuno, ovejas y cabras, y la de cerdos; de abundante cultura material en ocasiones muy hábilmente elaborada, entre la que se incluye la cerámica, muchas veces decorada, en algunas regiones las figuritas de barro cocido, una gran variedad de industria lítica, a menudo procedente de fuentes distantes, trabajada de forma diversa en una gran variedad de tipos, principalmente hachas de mano de piedra y sílex, una plétora de materiales utilizados como ornamentos y los primeros artefactos de cobre y oro. También se asiste a la aparición de abundantes y en ocasiones elaborados enterramientos, muchas veces de individuos dispuestos en espacios funerarios de diverso tamaño, pero también de grupos de cuerpos colocados o acumulados en depósitos colectivos, a menudo albergados en estructuras construidas a tal efecto; y solapadas con estas tumbas monumentales una variedad de formas de arquitectura pública, desde grandes edificios a recintos con zanjas, terraplenes, empalizadas o paredes, hasta grandes bloques de piedra o troncos de madera dispuestos individualmente o en conjuntos. Si quisiéra-

[1] Estoy muy agradecido a Alex Bayliss, Douglass Bailey, Dušan Borić, Penny Bickle, John Chapman, Oliver Harris, Daniela Hofmann y John Robb por sus críticas constructivas a una versión anterior de este trabajo.

mos utilizar una única frase para describir esa amplia variedad de rasgos y cambios, podríamos decir que los campesinos eran considerablemente diferentes de los cazadores-recolectores, y que dejaron en Europa un registro arqueológico muy diferente y en general mucho más abundante.

Perfeccionando el relato: antecedentes, escala y ritmo del cambio

Todo esto se ha establecido en líneas generales, y en muchas regiones con gran detalle, gracias a un siglo o más de investigaciones, según la parte de Europa de que se trate. Pero estas generalizaciones iniciales han de tomarse con cautela y requieren de forma inmediata una oportuna aclaración, un proceso más detallado que debe establecer las líneas de investigación que se deben desarrollar en el futuro inmediato. Debemos tener cuidado para no considerar el mundo de los cazadores-recolectores como algo estático, atemporal o inalterable; algunos cazadores-recolectores posglaciales de Europa construyeron casas y no parece que tuvieran un patrón de asentamiento con una movilidad tan alta, contaban con espacios funerarios en los que el cuerpo humano era un símbolo poderoso, y desarrollaron extensas redes de intercambios. Debemos considerar con cuidado las diversas visibilidades y procesos de formación del registro arqueológico; es difícil, por ejemplo, encontrar un asentamiento mesolítico al aire libre en amplias zonas de la cuenca mediterránea, algunos de las cuales pudieron perderse con la subida del nivel del mar, y en el sureste de Europa, donde el poblamiento mesolítico parece escaso, puede que tenga que ver con la existencia de una reducida serie de núcleos de hábitat entre los cuales se establecería una gran movilidad. Debemos ser especialmente cautos para no confundir el Neolítico y lo que llegó a ser, los desarrollos históricos subsiguientes a los que dio lugar, tanto en Europa como en otras regiones del mundo, con las primeras etapas y los procesos por los cuales surgió. Si la sedentarización de los asentamientos, el predominio de la dependencia de los domésticos, el considerable crecimiento de la población y la jerarquización social pronunciada fueron características principales de las sociedades de las etapas más tardías, y consecuencias del Neolítico, no tuvieron por qué ser ni deben darse automáticamente como definidoras del carácter del Neolítico desde sus comienzos. Necesitamos prestar mayor atención al caleidoscopio de las diferencias existentes en todo el continente, entre unas regiones y otras, y entre unas etapas y otras, y desde luego resulta peligroso asumir de antemano que veremos el mismo tipo de procesos y trayectorias en todas partes.

Si nos centramos en los procesos de transformación surgirán inmediatamente los interrogantes relativos a la naturaleza, la escala y el ritmo de los cambios. ¿Cuáles fueron las condiciones en las que tuvo lugar todo esto y qué motivó a la gente implicada en ellos? Una reciente visión del surgimiento del Neolítico en el Próximo Oriente sugiere que los factores conductores iniciales fueron más culturales y cognitivos que económicos. La gente había empezado a vivir en asentamientos grandes y posiblemente permanentes mucho antes de que se produjera la domesticación, a medida que el espectro de recursos locales se agotaba (Watkins, 2010). ¿Es el Neolítico en Europa únicamente una consecuencia de los cambios ocurridos en el Próximo Oriente, de los excedentes de población que traen un conjunto de nuevas prácticas, en el que lo económico, lo social, lo cultural y lo conceptual estaban estrechamente unidos? ¿O debemos ver el Neolítico de Europa como un capítulo relacionado con el desarrollo de la sociabilidad y la intensificación de las redes de conexión e intercambios?

A su vez ello nos plantea la elección del tipo de relato que queremos escribir. Mi preferencia personal en este momento son los relatos múltiples y entrecruzados, pero los dominantes en las investigaciones tradicionales han sido aquellos en los que se ponía el énfasis en la «Gran Narrativa», la amplia escala, el panorama general, el largo plazo, y la «estructura» en lugar de la «agencia»: la naturaleza de «cómo los humanos hacen su historia a una escala más allá de la experiencia de una sola vida» como ha señalado John Robb (2007: 3). No hay duda de que esta puede ser una herramienta de organización muy poderosa. Incluso los bloques individuales y bastante estáticos pero sucesivos de la Prehistoria histórico-cultural abrieron una vía de cambio en la interpretación del Neolítico, tal y como Childe y otros pudieron demostrar desde 1920 en adelante (si no antes), y todo ello se vio realzado por el desarrollo de la datación por C14, que amplió las escalas temporales (Renfrew, 1973) y permitió, con la revisión informal o meramente visual de las fechas radiocarbónicas, establecer una cronología de desarrollo más precisa. Tres ejemplos de los patrones a gran escala así identificados siguen siendo muy típicos. En el contexto del Mediterráneo central, pero con ecos más allá de él, John Robb ha sugerido tres grandes fases: un énfasis en lo local, la corresidencia y la «heterarquía» en el Neolítico Antiguo-Medio (antes del VI hasta finales del V milenio cal. a.C.); un énfasis en el grado de relación genealógica, signos de pastoreo y uso de las tierras altas y «formas generalizadas de valor que vinculaban a múltiples instituciones» en el Neolítico Final (finales del V-comienzos del IV milenio cal. a.C.); y en el Calcolítico o Edad del Cobre (mediados del IV-mediados del II milenio cal. a.C.) una tendencia hacia el surgimiento de individuos más prominentes, quizás con una genealogía ancestral, y de «una dicotomía de prestigio y de género que se exhibe claramente» pero con un énfasis permanente en la ostentación o en la acción más que en la acumulación (Robb, 2007: 337).

Mutatis mutandis, este tipo de tendencias pueden ser confirmadas por investigadores que trabajan en otras zonas de Europa, y por ello mi segundo ejemplo será la forma en la que la noción de Calcolítico o Edad del Cobre (por ejemplo Lichardus y Echt, 1991), como definidora de una serie de cambios no solo tecnológicos sino sobre todo sociales, ha sido ampliamente adoptada para referirse a una etapa importante en la «evolución» social de Europa en su conjunto. Los espectaculares y ricos enterramientos de Varna, en la costa búlgara del Mar Negro a mediados del V milenio cal. a.C. (Chapman *et al.,* 2006; Higham *et al.,* 2007), son solo un ejemplo de ese desarrollo supuestamente lineal de la «Edad del Cobre», incluso aunque en su contexto local y regional destaquen como anomalías importantes y quizás ocasionales que aún, desde mi punto de vista, requieren una descripción más completa. Mi tercer ejemplo es el modelo ampliamente citado de la «revolución de los productos secundarios» de Andrew Sherratt (1981; 1997; para una reciente revisión véase Greenfield, 2010), en el que la fuerza de los animales para la tracción, tanto del arado como de la rueda, el aprovechamiento de la leche, los tejidos de lana, el alcohol y las drogas se introdujeron en Europa, desde el Próximo Oriente y el Mediterráneo oriental, como un conjunto de cambios relacionados entre sí, bien entrado ya el Neolítico, desde el IV milenio cal. a.C. en adelante. La sensación de intensificación a lo largo del tiempo encaja bien con otras nociones ampliamente compartidas sobre el desarrollo lineal, pero el modelo ya fue problemático desde el comienzo, desde mi punto de vista, y resulta más apropiada una visión mucho más fragmentada. Sherratt probablemente tenía razón en el caso de la rueda, pero el desarrollo de la tracción animal (por ejemplo para mover los grandes troncos de las casas de la

Cerámica de Bandas o asimismo las grandes piedras de los megalitos de Europa occidental, así como otras tareas más mundanas) sigue siendo algo sin aclarar. Los análisis de lípidos han demostrado el uso de los productos lácteos en el Próximo Oriente en el VII milenio cal. a.C. (Evershed *et al.*, 2008) y en la cultura de Körös de la Gran Llanura Húngara a comienzos del VI milenio cal. a.C. (Craig *et al.*, 2005; Whittle, 2007), y parece que está a punto de ser demostrado en la Cerámica de Bandas de Centroeuropa y en Europa occidental a finales del VI milenio cal. a.C. Es cierto que no se han identificado restos de arados entre los elementos de madera de los asentamientos neolíticos del antepaís Alpino (Jörg Schibler, comunicación personal), pero no está claro que fuesen necesarios para la explotación del tipo de pequeñas parcelas gestionadas de forma intensiva que, según se propone actualmente, constituían la mayor parte de los primeros sistemas de cultivo (Bogaard, 2004; Jones, 2005). La amplia utilización de textiles parece que se vincula más bien con los desarrollos del II milenio, y se da más en unas regiones que en otras. En el modelo también está implícito que los animales eran principalmente y por encima de todo un recurso económico, sin tener en cuenta su potencial importancia social y conceptual (Ray y Thomas, 2003; Whittle, 2003, capítulo 4; Orton, 2010).

Por el contrario, han sido mucho más escasos, y mucho más limitados en su alcance, los trabajos en los que aparecen «agentes» más humanizados e individuales —personas—. En uno de ellos, en el que aparece el Hombre de Hielo, se le trata como a una especie de individuo, pero aún sigue siendo alguien que supuestamente plasmaría ciertas tendencias principales, propias de otro modelo de amplia escala, donde se incluyen conceptos y prácticas como el *domus* y el *agrios* (Hodder, 1990; 1999; 2000; véase un ejemplo reciente en Vanzetti *et al.*, 2010). Otro debate reciente sobre las condiciones en las que tuvieron lugar las transformaciones propias del Neolítico antiguo de la Cerámica de Bandas (Linearbandkeramik, LBK) de Europa central y occidental, busca también desmontar la percepción de uniformidad que se tiene de ella, al tratar la adopción de la cultura material y las nuevas prácticas como una estrategia de integración y alineamiento, desarrollada sobre todo por parte de la población indígena (Robb y Miracle, 2007), pero incluso esta inyección de «agencia», que es bienvenida desde luego, sigue siendo una visión muy general de las posibilidades existentes.

Perfeccionando las metas de la investigación: el detalle de los contextos sociales y las escalas temporales

Por tanto, existe un margen muy grande para la reflexión sobre estas dos escalas de análisis (y otras), y sobre el desafío de aunarlas todas ellas. No resulta sencillo el reto de obtener a partir de lo que Clifford Geertz denominaba «una colección de miniaturas etnográficas» unos «panoramas culturales de la mente (culturescapes) de gran tamaño», o «pasar de las verdades locales a las visiones generales» (Geertz, 1973: 21). Una manera de hacerlo sería prestar atención permanente a los contextos sociales en los que las personas vivieron sus vidas reales (como señaló de nuevo Geertz, 1973: 17, «se debe atender al comportamiento, y con cierta exactitud, porque es a través del flujo del comportamiento —o más concretamente, de la acción social— como las formas culturales se articulan»). Parte de ese debate ya ha comenzado a desarrollarse con una importante apelación hacia la necesidad de

examinar la naturaleza de la personalidad (por ejemplo en Whittle, 2003: capítulo 3; Fowler, 2004). El tipo de propuestas más frecuentes se basan en analogías etnográficas y defienden la existencia de un tipo de personalidad «distribuida y relacional», estrechamente vinculada con las biografías tanto de la gente como de las cosas, y que depende de la representación de la vida social. La mayoría de los estudios de este tipo han sido desarrollados por prehistoriadores británicos que trabajan sobre el Neolítico en Gran Bretaña. También se han empleado este tipo de propuestas en ciertas nociones como la de «encadenamiento y fragmentación» que se han aplicado al Neolítico y la Edad del Cobre del sureste de Europa (Chapman, 2000a; Chapman y Gaydarska, 2006). Se ha criticado este enfoque señalando que la «personalidad neolítica» se recrea simplemente a la usanza de Melanesia (Jones, 2007), pero esta crítica parece demasiado reduccionista. Más bien existe un margen muy importante para expandir el alcance de estas comparaciones; para extender y precisar el sentido de las múltiples redes que conectaban las vidas de las personas, desde las más remotas y distantes hasta las más íntimas; para investigar las formas en las que, quizás, se interpretaban en cada contexto distintos tipos de identidad, tanto individual como «dividual», (Hofmann y Whittle, 2008); y para afrontar la política del cuerpo con la que tan frecuentemente nos topamos en el Neolítico (Bailey, 2008; Chapman, 2000b).

Hemos de tener mayor confianza y ser más ambiciosos sobre lo que se puede hacer con los datos recogidos por un siglo o más de colectas. Debemos arriesgarnos yendo más allá de las confortables generalizaciones. El debate que se ha desarrollado recientemente sobre las casas es un buen ejemplo. Hace algún tiempo que el antropólogo Claude Lévi-Strauss propuso un modelo sobre la «sociedad de casa», en el que la vivienda actuaba como una suerte de persona moral y como el foco principal de las nociones de descendencia, memoria y continuidad. Esta idea ha sido recogida por algunos arqueólogos (por ejemplo Gillespie y Joyce, 2000; Beck, 2007; Borić, 2008), y con la sensibilidad apropiada (y siendo conscientes de los problemas de la base empírica de la etnografía) podría ser una interesante vía con la que examinar la variabilidad existente en la adopción y el uso de las casas en el Neolítico europeo. Parece claro que, a pesar de las recurrentes evidencias de cereales cultivados y ganadería, la cantidad de esfuerzo invertido en la construcción de las casas varió considerablemente, lo que demanda una explicación mejor. La casa tuvo una importancia básica en la mayoría de las regiones del sureste de Europa ya desde los comienzos, aunque es evidente que está muy lejos de ser un elemento uniforme dentro de la gran variedad de tells y yacimientos en llano, y fue absolutamente dominante en Europa central y occidental durante los primeros mil años (en la LBK y sus sucesoras, desde aproximadamente mediados del sexto hasta mediados del V milenio cal. a.C.). ¿Se trata de «sociedades de casa»? No podemos aplicar un solo modelo, dado que en el sureste de Europa existen yacimientos al aire libre y en llano que son coetáneos de los tells estratificados y su énfasis en la continuidad vertical, y dentro de la LBK existe una gran variedad en lo referente a la concentración, duración y distancia existente entre los vecinos. Probablemente es mucho mejor empezar por un análisis mucho más detallado de las casas y los hogares, como se ha demostrado en el caso del Neolítico en el norte de Grecia (Souvatzi, 2008). Ese tipo de enfoque puede también desarrollar una investigación más detallada de las condiciones en las que, por ejemplo, las casas alargadas de Europa central y occidental dejaron de utilizarse (Bickle, 2008), y del contraste existente con otras áreas de la arqueología del Neolítico «pobres en casas», como son buena parte del Mediterrá-

neo central y occidental en la mayoría de la secuencia (aunque con numerosas excepciones por supuesto), y la mayor parte del centro, occidente y norte de Europa desde finales del V milenio cal. a.C. en adelante. Incluso en este último caso existen variaciones, pero no tiene sentido dilatar el debate sobre por qué hay un contraste tan acusado entre la arqueología del antepaís Alpino, tan rica en casas (maravillosamente conservadas) y las áreas de alrededor aparentemente pobres en este aspecto. Estos contrastes se dan incluso en el interior de cualquier región amplia, como la abundancia mucho mayor de casas del Neolítico antiguo en Irlanda y su escasez en Gran Bretaña (Smyth, 2010; Bradley, 2007).

Se puede conseguir una visión mucho más precisa de las escalas espaciales de las diversas redes. En parte se trata de un asunto teórico o interpretativo, como ya se ha señalado, y debería completarse también con una reflexión sobre los términos que se utilizan regular y normalmente: continente (por ejemplo, Europa), una importante parte de un continente (por ejemplo, la Península Ibérica), región (por ejemplo, Cantabria o las restantes utilizadas para organizar este libro), microrregión y yacimiento. En parte esto podría también ser el centro de ulteriores estudios empíricos. ¿Qué significa escoger una región o un yacimiento individual como unidad de estudio? Hoy en día existe la oportunidad de indagar mucho más detalladamente en las biografías y las conexiones. Estoy pensando en el éxito progresivamente creciente de los estudios de ADN, y en los de isótopos (principalmente de estroncio y oxígeno), que pueden indicarnos la procedencia y el movimiento en la escala temporal de una vida, tanto de los animales como de las personas. Los estudios de materiales han sido uno de los éxitos de la arqueología del Neolítico, desde la arqueología de campo y los análisis tradicionales hasta la investigación basada en procedimientos científicos, con ejemplos como el movimiento de las conchas de *Spondylus* desde el Egeo (o el Adriático) (Chapman y Gaydarska, en preparación), la jadeíta de los Alpes occidentales (Pétrequin *et al.,* 2008) o la variscita de la Península Ibérica. Pero apenas podemos proponer una teoría coherente o narrativa de las conexiones neolíticas (véase también Chapman, 2008). ¿Existe un cambio a largo plazo desde las amplias conexiones de las etapas antiguas, como forma de integración, hasta acciones más locales, sucedidas a su vez por conexiones mucho más amplias, a medida que ciertos grupos particulares de la sociedad buscaban utilizar esos elementos exóticos y venidos de lejos como medio para establecer su posición social? ¿y cómo se plasmó todo ello en el ámbito local?

Necesitamos también apuntar con mucha mayor precisión hacia otro terreno: las escalas temporales. En términos generales las cronologías del Neolítico europeo se basan en la combinación de los estudios de cultura material (que se remontan a los tiempos de la etapa histórico-cultural) y el examen a simple vista de las fechas radiocarbónicas. La dendrocronología se restringe a los restos de madera que se conservan en las zonas pantanosas, pero brinda desarrollos ulteriores a través de las conexiones culturales con las comunidades del antepaís Alpino, desde finales del V hasta el IV y III milenios cal. a.C. (Menotti, 2004); y ocasionalmente algunos hallazgos como los pozos de madera de la LBK (por ejemplo, Koschik, 1998) nos proporcionan elementos de comparación adicionales. Por ello, en el estado actual de las investigaciones parece poco probable que el esquema cronológico global del período esté «en general equivocado», por utilizar la expresión de Bayliss *et al.* (2007: 7). Pero aunque sea posible trazar las biografías de las casas y asentamientos individuales a escala anual (Arbon Bleiche 3, en Bodensee, destaca entre los ejemplos más

recientes, con su ocupación durante catorce años, desde el 3384 al 3370 a.C., Jacomet *et al.,* 2004) en la zona del antepaís Alpino y utilizando fechas del talado de los árboles, la mayoría de los análisis de la arqueología del Neolítico en Europa se realizan a una escala mucho menos precisa. Cuando se discute sobre períodos más amplios, normalmente abarcan márgenes del orden de 200-300 o 300-400 años, o incluso mayores, una imprecisión acrecentada por la práctica de resumir las fechas radiocarbónicas (Bayliss *et al.,* 2007, 9-11). La historia de los yacimientos individuales puede ser frecuentemente descompuesta con la ayuda de la estratigrafía horizontal y vertical, y la casa o el modelo de *Hofplatz* en los estudios de los asentamientos de la LBK propone una duración de 25-30 años para cada casa alargada, lo que ha llevado a realizar periodizaciones detalladas a escala generacional, pero ninguno de estos casos han sido bien testados aún por medio de modelos cronológicos formales (véase Schmidt *et al.,* 2005; Müller, 2009). La metodología cronológica convencional corre paralela a la tendencia teórica hacia la generalización, ya reseñada anteriormente.

La inspección visual o informal de las fechas radiocarbónicas, que no evita la dispersión estadística, dará lugar a que ciertos fenómenos parezcan haber surgido anteriormente, haber durado más y haber acabado más tarde de lo que ocurrió en realidad (Bayliss y Ramsey, 2004; Bayliss *et al.,* 2007; Bayliss, 2009). Los modelos formales en un marco de estadística bayesiana son el mejor método disponible para lograr dataciones de mayor precisión, y su combinación con los datos conocidos, incluidos el contexto y la estratigrafía, y la nueva información en forma de dataciones de C14 sobre muestras de vida corta de tafonomía conocida, puede llevarnos a lograr análisis cuantitativos de las probabilidades inherentes a las dataciones radiocarbónicas.

Aunque lleva casi una década siendo promovido por el organismo público English Heritage para los proyectos basados en yacimientos (Bayliss, 2009), en general las aplicaciones estadísticas bayesianas son raras en Europa (por ejemplo para el Neolítico: Ramsey *et al.,* 2007; Cassen *et al.,* 2009; Jadin y Cahen, 2003; Rom *et al.,* 1999; por ejemplo para otros períodos: Blackwell y Buck, 2003; Manning *et al.,* 2006; Valzolgher y Quarta, 2009). Dos proyectos del sur de Gran Bretaña de mayor escala han demostrado su enorme potencial. Un estudio de cinco túmulos alargados nos indica que estas construcciones estuvieron en uso durante períodos mucho más cortos que lo que se asume convencionalmente: en cuatro de los cinco casos durante solo una o dos generaciones (Bayliss y Whittle, 2007). Un proyecto más ambicioso donde se trataron los resultados de unos treinta y cinco recintos de zanjas también señala una diversidad de duraciones entre los yacimientos, y ha demostrado que se puede estimar el horizonte más preciso en el que se construyeron estos sitios en el período existente entre las últimas décadas del 3800 cal. a.C. y finales del 3600 cal. a.C., con una especie de paréntesis hacia finales del 3700 cal. a.C. (Whittle *et al.,* 2011). Todo ello conduce el análisis de la situación a una nueva dimensión, y nos proporciona indicaciones fundamentales respecto al diverso ritmo, duración y tempo de los cambios (Whittle y Bayliss, 2007). Ello también nos ayudará a comprender la conexión y la causalidad. Sin embargo, el caso de los recintos de zanjas también ilustra alguna de las limitaciones actuales de todo ello. Parece ser que los recintos del sur de Gran Bretaña constituyeron una suerte de desarrollo o la adopción de una práctica, en sí misma probablemente muy variable, y ya bien conocida en el continente. Las cronologías convencionales existentes muestran, desde finales del V milenio cal. a.C. en adelante, la existencia de recintos y prácticas relacionadas

con ellos que resultan muy similares, en la órbita general de las culturas chassense del norte, Michelsberg y TRB (Trichterrandbecher, o de vasos embudo), continuando hasta bien entrado el IV milenio (Meyer y Raetzel-Fabian, 2006; Müller, en preparación), que se dividen en una serie de fases culturales sucesivas. Pero a causa de las limitaciones antes indicadas, no podemos decir aún si esta práctica continental comenzó lenta o rápidamente, si fue continua o discontinua, ni siquiera se puede establecer con cierta precisión cuál de los recintos continentales se encontraban en uso en las décadas finales del 3800 cal. a.C.. Su adopción en el sur de Gran Bretaña probablemente tuvo más que ver con los grupos o individuos de esa zona que hacían uso de los elementos exóticos o procedentes de lugares distantes, y quizás de lo ancestral, como parte de sus estrategias sociales locales, pero sería muy importante que pudiéramos comprender aún mejor también la trayectoria continental relacionada con todo ello.

¿Futuros neolíticos? Cuatro temas a modo de ejemplo

En este sentido, podemos esperar que en el futuro el Neolítico se caracterizará no solo por esquemas a gran escala y un sentido del cambio gradual y a largo plazo, sino también por la incorporación habitual de los cambios rápidos, las variaciones de tempo, los desarrollos no lineales y las reversiones o colapsos, y quizás incluso los horizontes de eventos o similares (Whittle *et al.,* 2010). A su vez, eso formaría parte de una arqueología del Neolítico europeo ya más ambiciosa y detallada, que explotaría la gama más amplia posible tanto de enfoques interpretativos como de análisis interdisciplinares. Como reflejo de mis propios intereses personales como investigador en la actualidad, me gustaría ilustrar esta idea haciendo referencia a cuatro aspectos, obviamente seleccionados entre una variedad mucho mayor de temas posibles: la cuestión de las transformaciones iniciales, y, más brevemente, las vidas cotidianas en el terreno de los asentamientos y de la subsistencia, las visiones del mundo y las relaciones sociales.

Las transformaciones iniciales

La cuestión de la transición entre el Mesolítico y el Neolítico ha sido desde los comienzos un aspecto fundamental de las investigaciones sobre el Neolítico. ¿Dónde nos hallamos y cuáles son las perspectivas de futuro? Como ya se ha indicado antes, probablemente el marco cronológico es en general correcto, pero existe un margen muy grande para tratar de lograr una precisión mucho mayor en la cronología de los eventos en todo el continente. Ello es fundamental para nuestra comprensión de este proceso. A lo largo de las últimas décadas el debate se ha desplazado desde el modelo dominante de colonización —y sus variantes— a una disposición más abierta a considerar las contribuciones que aportaron al cambio las personas que ya estaban allí: la población indígena. La postura más reciente que podemos identificar (aunque en sí misma no es nada nueva, como la bibliografía antigua nos demuestra) es una disposición a considerar la mezcla de ambos procesos: la perspectiva «integradora» (Lukes y Zvelebil, 2008). Este es el escenario general más probable desde mi actual punto de vista. Pero esto debe ser argumentado caso por caso y paso

a paso en toda Europa. Y el ritmo y el tempo son fundamentales en este análisis. ¿Empezaron las cosas lenta o rápidamente en Grecia y el sur de Bulgaria en el VII milenio cal. a.C.? ¿Con cuánta rapidez aparecieron los nuevos elementos y prácticas del Neolítico al sur de los Balcanes? Según sea la respuesta ello hará que consideremos la existencia de una transferencia de población a gran escala desde Anatolia, o que lo veamos como algo inicialmente de menor escala y más irregular, donde los conocimientos de la población local fuesen un factor a la hora de elegir los lugares del paisaje en los que se asentaron (lo cual es mi propia opinión). Un poco más al norte, en las gargantas del Danubio, las más recientes investigaciones han perfeccionado la cronología de la transición o transformación que tuvo lugar en el período 6200-5900 cal. a.C., y han propuesto un escenario en el que se desarrollarían un ritual y unas prácticas mortuorias indígenas particulares, así como un proceso de integración parcial en las redes de cambio más extensas a cargo de la población indígena (Borić, 2008). Incluso aquí se requiere de modelos formales que nos proporcionen una mayor precisión y unas dataciones cuantificadas más sólidas. La lista de cuestiones planteadas se puede aplicar a cualquier lugar. ¿Con qué rapidez surgió la LBK en Centroeuropa a mediados del VI milenio cal. a.C., y dónde y cuánto duró su primera fase, identificada esencialmente a partir del estilo cerámico, y fue, a su vez, su transformación posterior un evento singular o un proceso escalonado? En el Mediterráneo occidental, tras la importante revisión a la baja que se ha realizado de la cronología hasta el VI milenio ¿demanda la aparición de las novedades la llegada de numerosos colonos (Guilaine, 2003; Guilaine y Manen, 2007), o fueron bastante menos, o era gente que se desplazaba en barcos de zona en zona «como en el salto de la pídola» (Zilhão, 1993), o simplemente llegaron a través de las redes indígenas? ¿En qué punto preciso del V milenio cal. a.C. aparecieron las nuevas prácticas en Gran Bretaña, y con qué rapidez se desencadenó en el sur de Escandinavia el final de la cultura de Ertebølle?

Son todas cuestiones de cronología. Nuestro propio estudio reciente demuestra su importancia en el caso del sur de Gran Bretaña (Whittle *et al.,* 2011). En pocas palabras, el debate en este caso ha tendido a polarizarse entre los que defienden la existencia de una serie de episodios de colonización antes, durante y después del 4000 cal. a.C. (por ejemplo Sheridan, 2010; Collard *et al.,* 2010) y los defensores de la adopción de las nuevas formas de hacer las cosas por parte de los indígenas, en términos generales como parte de un proceso de cambio gradual (por ejemplo Thomas, 2008). Nuestro tratamiento de las fechas mediante modelos formales indican que el comienzo se situaría en torno al 4100 cal. a.C. en el sureste de Inglaterra, y los nuevos elementos y prácticas sugieren la existencia de algún tipo de colonización desde el continente, posiblemente de pequeña escala, como parte de una serie de cambios asociados con la formación y extensión de la cultura de Michelsberg. A partir de entonces los nuevos elementos y prácticas necesitaron unos dos siglos y medio o más para extenderse por Gran Bretaña e Irlanda, a un ritmo gradualmente creciente, y probablemente con la implicación en los primeros momentos (y quizás también en las fases posteriores) tanto de la población indígena como de los recién llegados (Whittle *et al.,* 2011).

En ese estudio no se realizaron análisis de ADN o de isótopos para trazar la descendencia genética o los movimientos a lo largo de una vida. Evidentemente se trata del siguiente paso que la investigación debe dar en Gran Bretaña e Irlanda —y también en cualquier otro lugar—. Los estudios que ya se han desarrollado sobre

poblaciones actuales parecen sugerir una suerte de mezcla, y tanto los estudios del ADN mitocondrial como los del cromosoma Y permiten concluir la existencia de un flujo de población llegada en los comienzos del Neolítico pero también una continuidad significativa de las antiguas poblaciones europeas (Richards *et al.,* 1996; Richards, 2003; King y Underhill, 2002; Zvelebil y Pettitt, 2008). Ello coincide bien con los detallados estudios de cultura material, que sugieren de forma convincente que, al menos en el caso de Europa central (aunque no debe aplicarse necesariamente de forma generalizada, y ha de ser argumentado caso por caso) existe una considerable continuidad entre las tradiciones de talla lítica y el trabajo de otras materias pétreas entre el Mesolítico final y el Neolítico antiguo (por ejemplo Mateiciucová, 2008; Lukes y Zvelebil, 2008). Pero las investigaciones más recientes de ADN sobre muestras recogidas en contextos del Neolítico antiguo en Europa central (Haak *et al.,* 2005; Bramanti *et al.,* 2009), sugieren de nuevo tanto la llegada de un número significativo de inmigrantes como su falta de vinculación con los linajes genéticos indígenas. Aún queda mucho por desentrañar, y se debería lograr un muestreo mucho más amplio desde el punto de vista geográfico, pero todo ello parece encajar con los resultados del análisis de ADN de las poblaciones de animales, que indica que no solo las ovejas y las cabras, como se podía esperar, sino también los linajes del ganado vacuno proceden de fuera de Europa (por ejemplo Bollongino y Burger, 2007). Pero entonces, literalmente más allá de las primeras generaciones de la transformación, tenemos el interesante interrogante de ¿qué significa, si es que significa algo, la descendencia genética en términos de acción social sobre el terreno (Thomas, 2006)? ¿Cómo se relacionan los genes con la representación de la cultura?

Las vidas cotidianas

La terminología sigue siendo una cuestión importante en este debate, y no debemos asumir que solo por utilizar el término «Neolítico» estemos ofreciendo todas las respuestas. Esto se puede aplicar también a los estudios sobre el flujo de la vida cotidiana, las visiones del mundo y las relaciones sociales. Estos aspectos son los que, en mi opinión, nos conducen al núcleo de la existencia en el Neolítico (aunque con ello no quiero decir que se excluyan otros aspectos, como la importancia de los elementos materiales). Todos ellos están conectados. No debemos considerar que las visiones del mundo —es decir el cómo la gente entiende las cosas y se forma una opinión sobre su origen— se reducen a esferas especiales del ritual, ni que las relaciones sociales se revelan únicamente en las formalidades de las prácticas funerarias. Hay que presumir que los valores fundamentales se desplegaban a diario, en la esfera doméstica dentro de los asentamientos y en otros lugares de habitación, y también fuera en el «paisaje de las tareas» *(taskscape)* en las actividades diarias, como el cuidado de los animales y los cultivos. Incluso aunque los futuros estudios de ADN confirmasen la llegada de importantes contingentes de población en todas partes, tendría que asignarse una identidad y un estilo a las comunidades surgidas de todo este proceso. En aquel mundo habrían sido factores fundamentales la brevedad de la vida de la mayoría de las personas, los esquemas cotidianos, en general de pequeña escala y desarrollados cara a cara, y el conocimiento íntimo de lo que los vecinos y otros corresidentes tramaban. La disposición de los hogares y los hornos en los asentamientos del norte de Grecia indica la importancia de la vida compartida en

los espacios exteriores de las casas (Halstead, 1999), lo que plantea una dimensión interesante que merecería la pena explorar en la arqueología de las casas en otras partes de Europa. He argumentado en otra parte (Whittle, 1996) a favor de la existencia durante esta etapa de aspectos como un cierto espíritu de compartir las cosas y unas restricciones hacia la acumulación, la importancia de estar en contacto, y la presencia de fuertes imperativos del mundo sagrado, y aunque ahora pondría mucho más el énfasis en las tensiones competitivas de la relaciones sociales (véase más abajo), sigo firmemente convencido de que estos aspectos fueron muy importantes entre estas comunidades. Por ejemplo, los estudios de isótopos, hasta ahora realizados en el suroeste de Alemania, parte de Francia y en las gargantas del Danubio (Bentley *et al.,* 2008; Balasse y Tresset, 2002; Borić y Price, en preparación), parecen indicar de forma recurrente un cierto grado de movimientos de población (y de sus animales) a lo largo de la vida de las personas. Existe un terreno inmenso para realizar más estudios de este tipo, integrando también a los animales e indagando en la variedad de formas en las que se cuidaba de ellos, desde estudios del crecimiento y desgaste dental, los isótopos o la micromorfología en los asentamientos y en otro tipo de depósitos (por ejemplo, véase Mainland, 2007; Pike-Tay, 2007; Macphail, 2007). Existen muchas razones para pensar que las vidas de las personas y de los animales estaban estrechamente entrelazadas, no solo por razones prácticas según las cuales el pastoreo se integraba perfectamente en algunas de las situaciones propias de los distintos ciclos de cultivo del cereal, como se observa en el norte de Grecia (Valamoti, 2004; Halstead, 2006), sino también por su intervención en el desarrollo de las relaciones sociales y las distintas visiones del mundo. El uso diferencial de algunas especies para el consumo y los rituales domésticos, incluidas las fiestas, es uno de estos ejemplos (Marciniak, 2005), y otro puede ser el diferente énfasis que se daba a unas especies u otras según los hogares o grupos de hogares existentes en el interior de algunos asentamientos (Bedault y Hachem, 2008; Jacomet *et al.,* 2004). El cambio a largo plazo que se produce a favor del ganado vacuno en la Europa central templada parece más probablemente un hecho social relacionado con el surgimiento de las familias en el VI milenio cal. a.C., e inmediatamente después desde finales del V milenio en adelante, con la importancia de las fiestas compartidas en reuniones celebradas en los recintos, en el contexto más amplio de un patrón de asentamiento disperso, que con la adaptación a un clima determinado o a un medio más boscoso. Al mismo tiempo, el persuasivo modelo del «jardín» sobre el cultivo de cereales (Bogaard, 2004; Jones, 2005) nos muestra el potencial que tenía para la gente invertir fuertemente en ciertos lugares particulares de forma recurrente, y de ese modo arraigarse profundamente en una faceta básica de la existencia en el Neolítico. Es necesario comprobar todo esto en muchas otras zonas aparte de Europa central, así como examinar sus diversas variantes. Un reciente estudio realizado en el asentamiento de la LBK de Vaihingen en el suroeste de Alemania (Bogaard *et al.,* en preparación) muestra la variación existente en el seno de los propios hogares de un mismo asentamiento, probablemente en términos de acceso desigual a los mejores suelos disponibles localmente. Por ello, es obvio que necesitamos examinar con detalle cómo los patrones de subsistencia fueron a la vez estrategias sociales en todas partes. De nuevo se trata de una cuestión de escala. ¿Podemos responder a cuestiones tan difíciles tales como qué equilibrio existía entre el cultivo de cereales y la ganadería, o qué tamaño tenían los rebaños? ¿Eran relativamente pequeños los primeros rebaños, destinados a satisfacer las necesidades

de los hogares individuales, y tendieron a aumentar con el tiempo como medio de interacción social (Orton, 2010), y asimismo como parte de estrategias de dominio social?

Las visiones del mundo y las relaciones sociales

Los mismos temas relativos a la escala, variación y ritmo del cambio pueden aplicarse a las grandes cuestiones sobre las visiones del mundo y las relaciones sociales. No faltan los modelos generales: sobre la importancia del pasado, los antepasados y los ancestros —aunque la descendencia y el parentesco se han desatendido de muchas formas, quizás en buena medida después de que dejase de ser el foco de atención en el campo de la antropología social (Carsten, 2004)—; sobre la continuidad de los lugares y los patrones de recuerdo y olvido; sobre cuestiones acerca de la naturaleza de la familia, el hogar, el linaje, la comunidad y las redes; sobre la naturaleza del liderazgo, el poder y los conflictos y la violencia entre personas y entre comunidades. Como ya se ha indicado, en cualquier secuencia regional particular se observarán cambios de énfasis a lo largo del tiempo, aunque las tendencias no tengan por qué ser necesariamente lineales o sencillas, y uno de los retos para el futuro es el de escribir relatos más complejos sobre todo ello. Merece la pena señalar que, incluso a comienzos del III milenio cal. a.C., en los contextos de la cerámica cordada, el énfasis, al menos en el dominio funerario pero probablemente también en la esfera doméstica, se centra de nuevo en las unidades sociales pequeñas, algunas de las cuales seguramente eran familias, como se observa en el muy publicitado yacimiento de Eulau (Heyd, 2007; Haak *et al.,* 2008; Meller *et al.,* 2010), por lo que la existencia de una fuerte intensificación global e irreversible de la jerarquización social a lo largo del tiempo y en todas partes, es algo que no resulta en absoluto convincente. Pero esto deja totalmente abierta la posibilidad de escribir relatos mucho más matizados sobre la variedad de las visiones del mundo y las relaciones sociales que existieron, y sobre la forma en la que esas dimensiones se entrecruzaban (véase Chapman, 2008; Pauketat, 2007), así como sobre las secuencias en las que aparece tanto la intensificación como sus reversiones o colapsos. ¿Cómo encajamos el surgimiento, quizás en numerosos casos mucho más rápido de lo que estamos acostumbrados a pensar, y en muchas historias de forma mucho más breve de lo que estamos acostumbrados a pensar, de casos como la necrópolis de Varna, o de grandes construcciones como los mayores sepulcros de corredor irlandeses, o los de Los Millares y otros elementos asociados con ellos en el mismo complejo?

Obviamente en el contexto de Europa occidental en general, y de la Península Ibérica en particular, uno de los aspectos más interesantes es la predilección (si no obsesión) de las comunidades neolíticas por construir monumentos relacionados con los muertos y con el pasado. Aquí surgieron una serie de prácticas variadas, que contrastan con los diversos patrones del sureste y centro de Europa en los que la conmemoración se realiza a través de la casa. Ahora el énfasis, a pesar de seguir anclado en el lugar, tiene otras dimensiones diversas: el uso de diferentes materiales, desde los troncos de madera y la tierra hasta los bloques de piedra mucho más duraderos; en ocasiones se imitan las formas naturales en la arquitectura de los monumentos, y en otros casos, sobre todo en la construcción de los túmulos alargados, aparentemente se evoca la forma de las casas de madera más antiguas; la presencia

de los muertos, desde los esqueletos individuales a los conjuntos colectivos, ya sea acumulados durante largos períodos de tiempo o depositados con rapidez. Existe una enorme variedad, y en todas las regiones observaremos no solo una gran diversidad de construcciones, sino también cambios a lo largo del tiempo. En Bretaña, por ejemplo, desde los menhires hasta los túmulos alargados con cistas cerradas, y finalmente los sepulcros de corredor, alguno de cuyos ejemplos más antiguos aparentemente tenía un tamaño enorme (Cassen, 2009). Teniendo en cuenta esta plétora de formas y secuencias ¿existiría una sola explicación para este culto a la construcción? Para algunos autores ya se han estudiado suficientemente las prácticas locales pero se han abandonado las conexiones más extensas. Una respuesta más amplia ha sido evocar la tradición anterior de las casas alargadas del mundo de la LBK (cultura de la Cerámica de Bandas) como antecedente, pero esto no es aplicable a la Península Ibérica. La necesidad de marcar territorios y reclamar sus recursos (Renfrew, 1976) es otro modelo general que aún tiene mucho atractivo, aunque no explica realmente los límites de la distribución de la construcción de los monumentos. Sin embargo, otra respuesta se ha centrado en las creencias y prácticas del mundo de los cazadores-recolectores de Europa occidental (por ejemplo, Cummings, 2009).

Parece claro que este fenómeno sigue siendo un objetivo prioritario de las investigaciones. Fueron construcciones de un poder considerable. ¿Otorgaban también poder a sus constructores? ¿Debemos considerar que los monumentos megalíticos y otras formas relacionadas con ellos representan a la comunidad como un todo, o eran lugares especiales en los que ciertas familias o linajes preeminentes exhibían sus pretensiones para alcanzar una determinada posición, una antigüedad genealógica, tener acceso a los ancestros y a los conocimientos rituales esotéricos? Me gustaría referirme de nuevo al detallado estudio cronológico realizado en el sur de Gran Bretaña (Bayliss y Whittle, 2007; Whittle *et al.,* 2011), que ha subrayado la importancia de las secuencias y la cronología a la hora de comprender una narrativa potencialmente muy complicada. En él se muestra con claridad que la construcción de los túmulos alargados precede a la de los recintos, y los túmulos pueden entenderse como los marcadores del surgimiento de alguna clase de agrupación social preeminente. Como ya señalamos anteriormente, queda mucho trabajo científico por hacer respecto a cuestiones como la descendencia, las relaciones y la procedencia. Podríamos decir que los recintos llegaron como una demostración ulterior de las poderosas conexiones y conocimientos a larga distancia. Mientras se construyen y se usan como punto de reunión donde se celebran fiestas, siguen utilizándose también los túmulos alargados, algunos de los cuales continuaron construyéndose incluso después de que la moda de realizar recintos hubiera acabado hace tiempo, quizás utilizando formas intencionadamente arcaicas que evocaban el pasado de dos o tres siglos atrás. Mientras tanto, el centro de interés en la construcción de monumentos se desplazó hacia los arcanos y misteriosos monumentos lineales de tipo «cursus», quizás más fáciles de controlar por sus organizadores.

Cuando logremos una mayor precisión en esta secuencia (sobre todo no entendemos las circunstancias en las que las primeras construcciones llegaron a realizarse), y una precisión comparable en otras secuencias regionales, será más fácil responder a las grandes preguntas antes formuladas. Pero el debate también apunta hacia el tipo de cambios que se constatan en las relaciones sociales a lo largo del tiempo en el Neolítico europeo en general: desarrollos que fueron más sutiles que la directa evolución desde lo simple a lo complejo, o de lo igualitario a lo jerárquico o estrati-

ficado, porque en estas sociedades del cara-a-cara existían valores compartidos junto a, o mediando en, los intereses del grupo, la sanción de la comunidad y las restricciones de la tradición. Encontrar el mejor lenguaje con el que describir las tensiones existentes en el seno de esta trayectoria social más matizada que yo propongo, es ahora otro de los grandes retos para la investigación del Neolítico europeo en general.

Relacionando los temas aquí esbozados con los capítulos de este libro sobre las diferentes regiones de la Península Ibérica que vienen a continuación, podríamos intentar comprender mejor los procesos de las transformaciones iniciales, incluyendo también si estas fueron rápidas o graduales; o la consolidación de los asentamientos y el establecimiento de patrones en la vida cotidiana, o las condiciones en las que aparecieron los primeros megalitos y otros monumentos relacionados con ellos y probablemente los recintos tardíos (que culminan en el sur en el complejo de Los Millares en la transición al III milenio cal. a.C.); o el desarrollo y el papel social del cobre y otros artefactos. ¿Cómo se entendían y representaban la identidad, la personalidad, la comunidad, el pasado, el cuerpo y las relaciones con los otros?, ¿cambiaron gradualmente a lo largo del Neolítico en la Península Ibérica o de forma irregular en rachas más rápidas? ¿Se trata de una historia de grupos de parentesco competitivos, o incluso en algunas áreas meridionales en el III milenio cal. a.C. de «una forma de estado primitivo basado en las clases sociales» (Chapman, 2008: 203), o nada de todo eso?

Por ello, deberíamos aspirar a conseguir descripciones más detalladas en el ámbito local en las futuras investigaciones sobre el Neolítico en la Península Ibérica y en otras zonas (véase también Carr y Case, 2006), eso sí, equilibradas por medio de una mayor atención a las redes y conexiones en las que también la acción local estaba implicada, hasta realizar análisis integrados e interdisciplinares a una escala lo más ambiciosa posible, y lograr una resolución cronológica mucho más precisa, utilizando todos estos enfoques, sobre todo para seguir cuestionando e interpretando, incluso aunque ello implique correr riesgos y dejar atrás la comodidad de los modelos que nos son más familiares.

Capítulo II

Las transformaciones económicas del Neolítico en Europa

Paul Halstead
(Traducción: Rafael Garrido Pena)

El Neolítico marca la transición entre la caza y la recolección y la agricultura y la ganadería en Europa, pero la velocidad y la amplitud de este cambio, la naturaleza de las primeras prácticas agrícolas y el grado en el que ambas variaron a lo largo del tiempo y el espacio, son objeto de controversia. Estas cuestiones se integran en debates más amplios: sobre la contribución respectiva de los cazadores-recolectores indígenas y los colonos agrícolas al proceso de neolitización; y sobre hasta qué punto se trató de una transformación de tipo económico o ideológico. El último debate puede clarificarse distinguiendo entre subsistencia (de qué vivía la gente) y economía (la gestión y movilización de los recursos). Este capítulo concluirá tratando estos debates, pero antes se examinarán los aspectos empíricos de la subsistencia.

Las evidencias disponibles sobre la subsistencia en el Neolítico son incompletas y los distintos tipos de recursos alimenticios (por ejemplo, animales *versus* plantas, cereales/legumbres *versus* frutas/frutos secos) están sujetos de forma desigual a sesgos, según su grado de conservación y la forma en la que se recoge esa información. En consecuencia, no se pueden reconstruir fácilmente ni la dieta ni el proceso de aprovisionamiento de alimentos, por lo que debe hacerse utilizando varias fuentes complementarias: rastros de la dieta y la salud en los esqueletos humanos; restos arqueobotánicos y zooarqueológicos de los recursos alimenticios; estimaciones arqueológicas del tamaño de las poblaciones humanas, e indicadores paleoecológicos del impacto antrópico en el paisaje. Más aún, dado que el contraste de los entornos (especialmente seco *versus* húmedo) y contextos deposicionales (por ejemplo cuevas *versus* tells de larga duración *versus* recintos de fosos de vida corta) favorece el desarrollo de procesos de formación diferentes, la aparente variación regional de la subsistencia o la economía requiere una evaluación crítica más precisa.

Este capítulo se centrará principalmente en el sur de Europa (Figura 1), por su particular relevancia para el caso del Neolítico en la Península Ibérica: los domésticos (y quizás los propios agricultores) se expandieron hacia occidente a través de Grecia, los Balcanes, Dalmacia e Italia hasta el sur de Francia y la Península Ibérica;



Figura 1. Mapa del sur de Europa con la ubicación de los yacimientos Neolíticos citados.

▲ cueva o abrigo
● yacimiento al aire libre

1 Kalythies
2 Knossos
3 Zas
4 Kouveleiki A
5 Franchthi
6 Kastria
7 Skoteini
8 Theopetra
9 Cyclops
10 Makriyalos
11 Paliambela-Kolindrou
12 Stavroupoli
13 Promachon
14 Kovacevo
15 Kapitan Dimitrievo
16 Slatina
17 Blagotin
18 Selevac
19 Vinca
20 Ecsegfalva
21 Polgár-Csöszhalom
22 Danilo
23 Prokovnic
24 Pupicina
25 Grotta dell'Uzzo
26 Torre Sabea
27 Ipogeo Manfredi
28 Grotta Scaloria
29 Mulino Sant' Antonio
30 La Marmotta
31 Lugo di Romagna
32 Molino Casarotto
33 Arene Candide
34 Hornstaad Hörnle 1A
35 Le Chenet des Pierres
36 La Grande Rivoire
37 Le Gournier
38 La Roberte
39 Combe Obscure
40 Baume d'Oulen
41 Roucadour

y, a lo largo y ancho de toda esta región el común clima mediterráneo planteó inconvenientes y oportunidades muy similares a los cazadores-recolectores y los agricultores prehistóricos.

De la caza-recolección a la agricultura

En la Cueva de Franchthi, en el sur de Grecia, y en la Grotta dell' Uzzo, en Sicilia, los cazadores-recolectores mesolíticos practicaron la caza mayor (por ejemplo, del jabalí o del ciervo), recolectaron diversas semillas, frutas y frutos secos, y, en estas regiones costeras, desarrollaron la pesca y el marisqueo. Por el contrario, los primeros asentamientos neolíticos al aire libre en todo el sur de Europa proporcionan abundantes huesos de ovejas, cerdos, vacas y cabras domésticos, y restos de cereales y legumbres (y llamativamente la mayoría cuenta con escasas evidencias de caza y recolección). Sin duda, los problemas de conservación y los métodos de recogida de la información pueden haber influido en la escasa representación de plantas comestibles, peces, pájaros y pequeños mamíferos, pero la comparación entre los huesos de las especies de caza mayor y las domésticas es mucho más segura, y estas últimas, descartando las muestras pequeñas, dominan de forma abrumadora en la mayoría de los primeros yacimientos neolíticos al aire libre, desde Grecia (Cantuel *et al.,* 2008) al norte de los Balcanes (Bartosiewicz, 2007) y Dalmacia (Legge y Moore, Miracle, 2006), y desde Italia meridional (Vigne, 2003) a Italia septentrional, sur de Francia (Vigne y Carrère, 2007) y los valles de los Alpes occidentales. Se repite un patrón similar a lo largo de amplias zonas de la Europa templada (por ejemplo, Döhle, 1997). La distribución de las evidencias arqueobotánicas es desigual, pero los granos cultivados dominan las muestras más importantes, y especialmente los restos almacenados que se han carbonizado (véase más adelante). Yacimientos como Molino Casarotto, junto a un lago en el norte de Italia, donde predominan los huesos de ciervo y la recolección de castañas de agua, son extraordinariamente raros en el Neolítico de la Europa meridional. La mayoría de las evidencias sobre el Neolítico proceden de yacimientos al aire libre en zonas llanas aptas para el cultivo, y la mayor parte de las pertenecientes al Mesolítico, de cuevas y abrigos idóneos para la caza (o la ganadería) y la recolección. Pero el cambio en la localización de los yacimientos no es casual, y en cualquier caso, en muchas cuevas (incluyendo Franchthi y Uzzo) los niveles neolíticos con animales domésticos se superponen a los mesolíticos con caza mayor. En el estado actual de los conocimientos podemos decir que la agricultura y la ganadería desplazaron de forma abrumadora a la caza y la recolección con la aparición del Neolítico.

La transición entre ambos puede estudiarse en pocos yacimientos, y la mayoría de ellos son cuevas que presentan entornos deposicionales problemáticos. En Franchthi un hiato estratigráfico entre los últimos niveles mesolíticos y los primeros neolíticos deja abierta la posibilidad de que la agricultura sustituyera a la recolección tras varias generaciones, pero la pretendida evidencia de una transición gradual en el sur de Francia —animales o cultivos domésticos en niveles mesolíticos— se debe a errores de identificación o mezclas estratigráficas. También parece que existe una mezcla estratigráfica en los domésticos «mesolíticos» de las cuevas de Theopetra y Cyclops en Grecia central, mientras que el desplazamiento aparentemente gradual de la caza y la recolección por parte de la agricultura y la ganadería en Uzzo, que se

ha propuesto sobre la base de una secuencia estratigráfica reconstruida a partir de diferentes sectores de la cueva, requiere un análisis mucho más detallado de los procesos de formación de los contextos arqueológicos. Sin embargo, la caza en el Neolítico es indiscutible, y su importancia excede su contribución a los conjuntos faunísticos y al tema de la (dis)continuidad (véase más adelante).

La agricultura neolítica

Los agricultores neolíticos de Europa meridional cultivaron multitud de cereales y leguminosas, todos probablemente introducidos desde el suroeste de Asia. Las evidencias son especialmente claras en Bulgaria, donde unos depósitos bien conservados del derrumbe de unas casas quemadas del Neolítico antiguo (Marinova, 2007) proporcionaron restos de cereales almacenados (escaña, escanda, trigo desnudo, cebada vestida y desnuda) y leguminosas (lentejas, guisantes, almorta, yero, garbanzo). También se constata una amplia variedad en Grecia (Halstead, 1994), en Danilo y Prokovnic en Dalmacia, y en condiciones favorables de conservación en La Marmotta y Lugo di Romagna, en Italia central y septentrional, respectivamente (Rottoli y Pessina, 2007). Tal diversidad habría expandido el margen temporal de la siembra y la cosecha (y por ello habría aliviado los cuellos de botella laborales), habría reducido el riesgo de catástrofe total en los cultivos y habría aportado variedad de granos a la dieta. El repertorio aparentemente reducido de los primeros cultivos neolíticos en la Europa templada (por ejemplo Halstead, 1989); probablemente refleja más una adaptación deficiente o tardía de ciertas especies a condiciones diferentes, que la selección humana de una base subsistencial más frágil y tosca. Al sur y al norte de los Alpes se diversificó también la dieta gracias a los frutos salvajes y los frutos secos, que, quizás, se consumieran principalmente de forma estacional, dada su abundancia en los depósitos de desechos subacuáticos, su escasez en los contextos de almacenaje carbonizados en Hornstaad Hörnle 1A en el antepaís Alpino (Maier, 1999) y su mayor diversidad en los yacimientos subacuáticos del norte de Grecia e Italia septentrional. En La Marmotta, a los cultivos de granos propios del suroeste asiático se une el opio, un doméstico del Mediterráneo occidental que tiene semillas que son ricas en aceites, y que se valoraban probablemente tanto por sus propiedades nutritivas como por su sabor.

Se conocen mejor las prácticas agrícolas del comienzo del Neolítico en Europa central, donde las malas hierbas que aparecen asociadas con los restos de cultivos nos indican que la cosecha se realizaba fundamentalmente en otoño y que la labranza intensiva se desarrolló en parcelas de larga duración y alta fertilidad (Bogaard, 2004). La siembra temprana descarta que el cultivo se hiciera en llanuras de inundación (Sherratt, 1981), que requieren una siembra en primavera, mientras que los campos de larga duración excluyen la alternancia del cultivo de «tala y quema» en las zonas deforestadas de los bosques. Las condiciones de fertilidad y laboreo intensivo sugieren la existencia de un régimen de tipo «jardín», con elevadas inversiones de mano de obra, altos rendimientos por hectárea y un impacto limitado en el paisaje (Bogaard, 2004). Las evidencias de la presencia de malas hierbas son mucho menos abundantes en la mayoría de las restantes regiones y fases del Neolítico europeo, y aunque algunos trabajos recientes defienden la existencia de la «tala y quema» en las zonas «marginales» del antepaís Alpino y en el noroeste de Europa,

se apoyan en testimonios indirectos y ambiguos de tipo palinológico y pedológico, que en la zona alpina, se ven refutados por los datos proporcionados por las malas hierbas (Schibler y Jacomet, 1999).

En la Europa meridional las evidencias disponibles de malas hierbas en Kovacevo, Kapitan Dimitrievo y Slatina en Bulgaria (Marinova, 2007) y Ecsegfalva en Hungría (Bogaard *et al.,* 2007) sugieren de nuevo una siembra de otoño en campos de larga duración, probablemente con cultivos más intensivos que extensivos. Podemos señalar, aunque con menor seguridad, que la representación relativamente equilibrada de leguminosas (que necesitan una mayor inversión de mano de obra) y cereales en el Neolítico griego y al sur de los Balcanes (Halstead, 1994; Marinova, 2007), que contrasta mucho con el predominio de los cereales en la agricultura extensiva reciente, también favorece la hipótesis de la existencia de una horticultura a pequeña escala, como también lo hace quizás la «invisibilidad» de la primera agricultura en las columnas polínicas del sureste de Europa. La reciente agricultura desarrollada en las llanuras de inundación y el cultivo de «tala y quema» en el sur de Europa fueron más unas aventuras arriesgadas y oportunistas que unas estrategias de subsistencia fiables (Isaakidou, 2011), por lo que no sorprende la falta de evidencias de estos tipos de prácticas en el Neolítico.

La siembra en otoño y la cosecha a comienzos del verano, acompañadas de las evidencias faunísticas del sacrificio de los animales domésticos en invierno y primavera (Halstead, 2005), sugieren un tipo de ocupación más o menos durante todo el año en los asentamientos al aire libre del sureste de Europa. Es especialmente difícil demostrar el «sedentarismo» entre unos agricultores que dependen de cultivos que se almacenan y de pocas especies de animales domésticos, pero las evidencias existentes en todo el sur de Europa muestran escasas variaciones, aparte de las originadas por los procesos de recogida de la información, su conservación y el detalle de las publicaciones.

La ganadería en el Neolítico

Como los primeros cultivos, los animales domésticos del Neolítico europeo tienen su origen, en su abrumadora mayoría, en Asia suroccidental. Las ovejas y las cabras no son autóctonas de Europa, y el ADN actual y neolítico sugieren que los cerdos domésticos, y especialmente el ganado vacuno, descienden de antecesores que fueron introducidos desde fuera, y no proceden de las especies autóctonas salvajes.

En los asentamientos al aire libre de Grecia (Cantuel *et al.,* 2008; Halstead, 1996; Isaakidou, 2008) y los Balcanes (Bartosiewicz, 2005; 2007) y Dalmacia (Legge y Moore, 2011; Miracle, 2006), las ovejas dominaban claramente entre los animales domésticos durante el Neolítico Antiguo, mientras que los cerdos y/o el ganado vacuno eran más comunes en el Neolítico reciente. Se repite el mismo patrón, aunque menos consistentemente, en Italia (Vigne, 2003) y sur de Francia (Vigne y Carrère, 2007; Bréhard *et al.,* 2010), mientras que el vacuno o los cerdos son comunes en los asentamientos del Neolítico antiguo de la Europa templada (por ejemplo, Döhle, 1997). En Grecia las cabras compartían con las ovejas ese dominio, mientras que el vacuno y los cerdos eran escasos (Halstead, 1996), en las cuevas y pequeños yacimientos al aire libre situados en las áreas «marginales» desde el punto de vista agrícola (especialmente el seco

sureste egeo), que fueron ampliamente ocupadas desde el Neolítico reciente. Desde Dalmacia (Miracle, 2006) en dirección al oeste, hacia Francia meridional (Bréhard *et al.*, 2010; Vigne y Helmer, 2007), el uso de las cuevas está bien documentado desde el Neolítico antiguo, pero asimismo se constata una escasez de vacuno y cerdos, y, menos claramente que en Grecia, una abundancia de cabras.

Se ha atribuido el amplio predominio inicial de la oveja en la Europa meridional a los orígenes geográficos o la identidad cultural de los colonos neolíticos, mientras que los registros faunísticos mixtos (ricos en vacuno, cerdos y caza mayor) de algunos yacimientos del Mediterráneo occidental representarían la adopción de los domésticos por parte de los cazadores-recolectores indígenas. Sin embargo, la ubicuidad de ovejas, cabras, vacuno y cerdos, incluso en islas tan distantes como Creta (Isaakidou, 2008), muestra que estas cuatro especies tuvieron todas una importancia práctica o simbólica. Por otro lado, el predominio de la oveja al sur —pero no al norte— de los Alpes podría reflejar ciertas restricciones medioambientales, aunque ambas regiones ofrecían nichos adecuados para los cuatro domésticos. En cualquier caso, el vacuno, los cerdos y las cabras están mejor adaptadas al paisaje boscoso con el que se encontraron los primeros agricultores en las fértiles llanuras de la Europa meridional, mientras que las ovejas son ideales para pacer y abonar los claros cultivados en los bosques. Las huellas microscópicas de desgaste en los dientes de las ovejas del Neolítico antiguo en Ecsegfalva, en Hungría, y las de las ovejas y cabras del Neolítico reciente en Makriyalos, Grecia, que indican la explotación de pastos muy alterados (Mainland, 2007; Mainland y Halstead, 2005), encajan bien con un confinamiento de los animales en las tierras cultivadas. La consecuencia de que el ganado contara con escasos efectivos numéricos coincide con la invisibilidad de la primera agricultura en los registros palinológicos, mientras que la contribución del estiércol a la fertilidad de los campos puede estimarse a partir de las ratios de isótopos de nitrógeno en los granos carbonizados. La combinación de suelo fértil, inviernos suaves y precipitaciones en primavera pudieron originar un crecimiento excesivo y un «encamado» (colapso del tallo) de los cereales, que acabaría causando la pérdida de la cosecha. Los agricultores mediterráneos modernos dejan que las ovejas consuman el exceso de crecimiento del cereal, por lo que probablemente las ovejas del Neolítico antiguo se integraron estrechamente en la horticultura cerealista, tanto como fuente de abono como protección frente al «encamado».

Si el predominio de las ovejas refleja el confinamiento de reducidos números de ellas en las tierras cultivadas, el posterior incremento del ganado vacuno, los cerdos o las cabras puede indicar una explotación más amplia del paisaje y una mayor cantidad de ganado respecto a la escala de la agricultura. Los asentamientos agrícolas probablemente crearon paisajes cada vez más abiertos, con pastos más extensos para los animales domésticos. Los estudios antracológicos, polínicos y sedimentológicos, especialmente en la Francia meridional, confirman una degradación local de la vegetación de origen antrópico durante el Neolítico en el entorno de las cuevas y abrigos (Brochier, 2002; Vernet, 1999). Más aún, en los asentamientos situados cerca de los lagos en el antepaís Alpino, donde se dan unas condiciones excepcionales para la conservación de la materia orgánica, y la resolución de la cronología absoluta permite realizar estimaciones de los índices anuales de deposición de desechos de restos óseos, parece que la expansión de los pastos a finales del Neolítico permitió un incremento del número de animales domésticos en términos absolutos (Schibler y Jacomet, 1999).

Volviendo al asunto de cómo se utilizaron los animales domésticos, las marcas de despiece y los patrones de fractura de los huesos confirman su explotación como fuente de carne, tuétano y pieles. Los residuos de lípidos en las cerámicas confirman el uso de la leche también en varias etapas del Neolítico (VI-IV milenio a.C.) desde Grecia (Evershed *et al.*, 2008) y el norte de los Balcanes, a través de Dalmacia y el antepaís Alpino (Spangenberg *et al.,* 2006) hasta las Islas Británicas. Estos residuos se conservan porque la leche fue calentada en esas cerámicas (quizás para realizar productos que se podían almacenar, como el queso), por lo que nos ofrecen pocas pistas sobre la escala o la intensidad de la explotación de la leche. Probablemente la oveja neolítica carecía de lana, pero sin duda el pelo de las ovejas y cabras se emplearía como fibra, aunque las evidencias son escasas. Las «patologías originadas por la tracción» en los huesos del ganado vacuno pueden reflejar el uso de animales de tiro y, aunque estas modificaciones esqueléticas puedan obedecer a múltiples causas, su frecuencia y distribución anatómica en Knossos, Creta, sugiere el empleo regular de las vacas como fuerza de trabajo desde el Neolítico antiguo (Isaakidou, 2006). Casos similares, frecuentemente en hembras más que en bueyes machos castrados, del IV-III milenio a.C. en Europa central y noroccidental (Deschler-Erb, 2004; Johannsen, 2006) son contemporáneos de las huellas de arado y las rodadas descubiertas en excavación, y los arados, yugos y ruedas que se han conservado (Sherratt, 1981). Algunas otras escasas «patologías de la tracción» anteriores, conocidas en el norte de Grecia, Rumania y Alemania, carecen de esos indicadores complementarios del arado o del transporte rodado, pero el hallazgo de ciertos elementos de piedra que se supone que iban insertados en los trillos en el Neolítico antiguo en Bulgaria, de nuevo sugieren el uso de animales de tiro. El arado, especialmente tirado por vacas, es compatible con un régimen de horticultura como el que sugieren los datos arqueobotánicos (Isaakidou, 2011).

Los patrones de mortalidad complementan las evidencias procedentes de las marcas de despiece, los residuos en las cerámicas y las patologías. Los pastores modernos reservan la mayoría de las hembras de las ovejas, cabras y ganado vacuno para la cría, pero sacrifican a los machos a diferentes edades: las crías para liberar la leche materna para uso humano, los individuos jóvenes o subadultos al tener un cuerpo ya razonablemente grande para el coste que ha supuesto su crianza; y los adultos castrados, tras una vida como productores de lana (oveja) o como fuerza de trabajo (vacuno). Los datos de los patrones de mortalidad no demuestran el uso de ciertos productos específicos, pero aclaran la escala o intensidad potenciales de dicho uso. En Knossos a lo largo del Neolítico, los patrones de sacrificio de ovejas, cabras y ganado vacuno seleccionaban los jóvenes o subadultos masculinos y los adultos femeninos, por lo que el empleo del ganado vacuno para el tiro y cualquier uso del ganado para la leche o la lana no serían intensivos, y no comprometerían su explotación como fuente de carne (Isaakidou, 2006). Un énfasis similar en el sacrificio de los individuos masculinos jóvenes y adultos femeninos se constata también, en el caso de la oveja, en los yacimientos neolíticos al aire libre y en cueva de Grecia (Halstead, 1996) y en los sitios al aire libre de los Balcanes (Greenfield, 2005; Bartosiewicz, 2007), Dalmacia (Legge y Moore, 2011; Miracle, 2006), sur (Vigne y Helmer, 2007) y norte de Italia y Francia meridional (Vigne y Helmer, 2007; Bréhard *et al.,* 2010). Las evidencias son mucho más escasas en el caso del ganado vacuno, pero predominan los sacrificios de individuos juveniles y subadultos en los yacimientos al aire libre de diferente cronología: por ejemplo, Blagotin, Selevac y Vinca, en los

Balcanes (Greenfield, 2005; Torre Sabea en Italia meridional (Vigne, 2003), y Le Gournier y La Roberte, en el sur de Francia (Bréhard *et al.,* 2010). Para el caso de las cabras la evidencia es más abundante a partir del Neolítico reciente en Grecia, donde tanto los yacimientos al aire libre como las cuevas han proporcionado patrones en la edad de sacrificio orientados «hacia la explotación de la carne» y comparables con los de la oveja (Halstead, 1996).

En Knossos, la supervivencia de los individuos adultos masculinos, entre las ovejas, cabras y quizás el ganado vacuno, se incrementó notablemente en la Edad del Bronce, lo que indica un mayor potencial para el aprovechamiento de la lana/pelo y tracción, aunque también es posible que se seleccionaran los ejemplares mayores para el consumo ostentoso (Isaakidou, 2006). Ese incremento de la supervivencia de los individuos adultos masculinos entre las ovejas y el ganado vacuno durante la Edad del Bronce se documenta también en la Grecia continental, con la presencia de «patologías originadas por la tracción» o evidencias métricas de la existencia de animales castrados, que demuestran el uso del ganado para el tiro. Por el contrario, se documenta el sacrificio masivo de individuos infantiles masculinos entre el ganado vacuno y las ovejas, que es compatible con la especialización en el aprovechamiento de la leche, en algunos yacimientos neolíticos al aire libre del antepaís Alpino, y entre las ovejas y cabras en varias cuevas y abrigos del Neolítico antiguo en Dalmacia (Miracle, 2006), norte de Italia (Rowley-Conwy, 2000) y sur de Francia (Vigne y Helmer, 2007). Probablemente algunas cuevas se utilizaron estacionalmente o como satélites de las aldeas al aire libre, especializados en ciertas actividades, y por ello pueden mostrarnos una impresión engañosa y parcial de la gestión pastoril (véase más abajo), aunque otras como Arene Candide y Pupicina han proporcionado indicios de ocupación fuera de la estación de parto/cría, lo que implica que la presencia de ovejas y cabras infantiles no refleja simplemente una ocupación estacional. El sacrificio selectivo de los individuos infantiles *bien* de ovejas *o bien* de cabras en Arene Candide (Rowley-Conwy, 2000) y Baume d'Oulen (Helmer *et al.,* 2005) confirma que el patrón de la edad de sacrificio que es propio de la «ganadería de leche» a veces era intencionado, incluso aunque se encuentre algo exagerado por el uso estacional y especializado de los yacimientos. El patrón de sacrificio propio de la «ganadería de leche» aparece de forma tardía en el Neolítico en Combe Obscure, Francia meridional (Vigne y Helmer, 2007), pero solo se documenta en contextos del Neolítico antiguo en las cuevas de la cabecera del Adriático (Miracle, 2006), en Arene Candide en el noroeste de Italia (Rowley-Conwy, 2000) y en los asentamientos al aire libre del antepaís Alpino. Ello quizás refleja el cambio desde un aprovechamiento intensivo (de alta inversión de trabajo/alto rendimiento) de la leche hacia una gestión más extensiva de la «carne» (menor inversión de trabajo/menor rendimiento), a medida que el progresivo aclarado de los bosques permitía mantener rebaños de mayores dimensiones (por ejemplo, Rowley-Conwy, 2000).

La dieta y el uso de la tierra en el Neolítico

Los isótopos estables del carbono de los esqueletos humanos neolíticos de Grecia (Papathanasiou, 2003; Triantaphyllou, 2001), el norte de los Balcanes (Bonsall *et al.,* 2004), Italia septentrional y sur de Francia (Herrscher y Le Bras-Goude, 2010),

así como del noroeste de Europa, indican la abrumadora dependencia de las plantas y los animales terrestres en la dieta de esas poblaciones. El análisis de los restos de plantas y animales comestibles descubiertos por todo el Mediterráneo y buena parte de la Europa templada ha demostrado que eran en su mayoría domésticos, mientras que los isótopos estables de nitrógeno muestran un equilibrio variable entre plantas y animales que es difícil de cuantificar directamente.

Es razonable pensar que en algunas zonas bajas de la Europa meridional, como Grecia central, la densidad de asentamientos de larga duración, de tipo «aldeas», condujese a una cierta dependencia de los granos cultivados (Halstead, 1989). En otras regiones, como el sur de Grecia, la dispersión del poblamiento hace teóricamente viables otras estrategias, mientras que la ocupación, desde el Neolítico reciente, de cuevas y pequeños yacimientos al aire libre en regiones marginales desde el punto de vista agrícola, alienta algunas propuestas que han defendido la existencia de un pastoreo ambulante. El análisis de la micromorfología de los suelos demuestra que se encerró ganado en la cueva Kouveleiki A, pero el sacrificio de unos pocos domésticos muy jóvenes sugiere que las cuevas de Zas y Skoteini, situadas en terrenos elevados, sirvieron para cobijar un ganado que era más bien local, y no rebaños que se desplazasen estacionalmente a largas distancias (Halstead, 2005). Más aún, el sacrificio de ovejas y cabras en las cuevas de Kalythies, Kastria, Skoteini y Zas, se aproxima más a un patrón de aprovechamiento de la carne que de la leche (Halstead, 1996), con un modesto potencial para cubrir las necesidades calóricas humanas. Las ratios de isótopos estables de Grecia sugieren que no existen diferencias en cuanto a la dieta entre las personas enterradas en las cuevas y en los yacimientos al aire libre, y ambos grupos muestran lesiones óseas compatibles con las deficiencias nutricionales propias de una dieta rica en granos (Papathanasiou, 2005; Triantaphyllou, 2001). La población neolítica de Grecia, incluso la situada en zonas marginales desde el punto de vista agrícola, al parecer subsistió básicamente gracias a los granos cultivados.

Desde Dalmacia al sur de Francia, pasando por el norte y el sur de Italia, los restos macroscópicos y microscópicos de estiércol (Brochier, 2006) y los dientes de leche que se les cayeron a los animales *en vida* documentan el encerramiento de ganado en cuevas durante el Neolítico. Las edades de sacrificio sugieren el uso estacional de algunas cuevas, mientras que la falta de dientes de leche en algunas de ellas que presentan depósitos de estiércol sugiere la ausencia de, al menos, parte del rebaño durante un período del año (Helmer *et al.*, 2005). Los desplazamientos estacionales y el patrón de sacrificio propio de la «ganadería de leche» hicieron plausible que la subsistencia dependiera más del ganado, pero estas cuevas se sitúan mayoritariamente en altitudes bajas y medias (a partir de seiscientos metros), lo que sugiere que los movimientos debieron desarrollarse solo a pequeña distancia (Brochier, 2006), mientras que las evidencias antracológicas de la recolección de brotes en flor de árboles en Grande Rivoire (Delhon *et al.* 2008), en el sur de Francia, sugieren la alimentación de solo unos pocos animales estabulados. Más aún, los pastores de los últimos siglos en el Mediterráneo se han mantenido solo indirectamente de su ganado, pues intercambiaban productos animales de alto valor (queso, textiles, corderos/crías) a cambio de grano barato. En ausencia de mercados urbanos la dependencia de los intercambios habría sido azarosa, por lo que las cuevas y abrigos neolíticos fueron probablemente satélites de las aldeas mixtas agrícola-ganaderas al aire libre, más que campamentos pastoriles especializados. Incluso a mil metros de alti-

tud en los Alpes franceses, el yacimiento al aire libre de le Chenet des Pierres ha proporcionado evidencias arqueobotánicas y palinológicas plausibles del desarrollo de cultivos locales (Martin *et al.,* 2008).

Cualquiera que fuese su contribución a la subsistencia en el Neolítico, lo cierto es que pacía ganado más allá de los confines de la tierra cultivada, al menos durante un período (o períodos) determinado del año, y tanto en el suroeste como en el sureste de Europa, quizás para salvaguardar los cultivos sembrados o para acceder a mejores pastos o lugares donde cobijarse. Tales desplazamientos favorecieron el encuentro con miembros de otras comunidades que vivían situaciones semejantes, mientras que el uso de las cuevas para el enterramiento implica un cierto vínculo entre la reproducción social y la aculturación de un paisaje más amplio.

La caza en el Neolítico

La información tan detallada recogida en los asentamientos lacustres de la zona alpina revela una intensificación periódica de la caza y la recolección durante las fluctuaciones climáticas hostiles a los cultivos de granos. Dado que contaban con cabezas de ganado al parecer estables, la caza y la recolección compensaban las malas cosechas (Arbogast *et al.,* 2006). El antepaís Alpino era particularmente vulnerable a las catástrofes en las cosechas, debido a que los períodos de maduración son muy cortos en esas altitudes, y también favorecía la importante recolección de recursos silvestres, debido a su gran diversidad ecológica, en un mosaico de lagos y montañas. Sin embargo, la pobre resolución cronológica de las muestras de fauna probablemente nos oculta el recurso a la caza y la recolección en caso de malas cosechas en otras partes de Europa. En algunas regiones la caza era importante también para la reproducción social: se escogían los dientes o los huesos de animales salvajes para los adornos personales en el norte de Francia y también en la Italia meridional, donde la deposición ceremonial de animales cazados en el Ipogeo Manfredi y la Grotta Scaloria y las representaciones pintadas en las cuevas sugieren que los rituales de caza tenían un papel en la integración social y la aculturación del paisaje. Motivos similares, además de la búsqueda de fuentes alternativas de alimentos, podrían explicar el dominio de la caza en algunos escasos yacimientos como Mulino Sant' Antonio y Roucadour, en las colinas del sur de Italia y de Francia, respectivamente.

En Europa suroriental las evidencias de caza mayor, como la desarrollada en el Mesolítico, son raras en el Neolítico antiguo, cuando incluso las cuernas de ciervo dejan de ser utilizadas como materia prima (Choyke, 2007), aunque se incrementa en el Neolítico reciente (por ejemplo en Selevac, Vinca y Polgár-Csöszhalom), cuando también el gamo se introdujo en algunas islas del Egeo. Sin embargo, esta falta de actividades cinegéticas en el Neolítico antiguo no se extendía a la caza menor (corzo, liebre, zorro, pájaros, peces) (Von den Driesch, 1987), y tampoco se emplean huesos de especies de caza «mayor» en la industria ósea del Neolítico reciente en Makriyalos, Grecia. El uso selectivo (por ejemplo en Francia septentrional) y el hecho de que no se utilizaran (en el sureste de Europa) tampoco huesos como materia prima subrayan la distinción entre salvaje y doméstico y entre caza mayor y menor. Dado que los cazadores-recolectores actuales consideran esta última, a diferencia de la caza mayor, como algo que no es obligatorio compartir, quizás esa distinción serviría para contraponer también lo «público» y lo «privado».

La neolitización: de la subsistencia a la economía

El debate en torno a la «subsistencia» ha recurrido a evidencias que abarcan socialmente desde los individuos (análisis de los esqueletos) a las regiones donde se incluyen múltiples asentamientos (palinología). El estudio de la «economía» demanda una resolución contextual mayor, por lo que las evidencias son incluso más escasas. Aunque el tamaño de las «casas» en el Neolítico varía notablemente, se conocen muchas estructuras que parecen adecuadas para albergar una «familia» (más que las que parecen propias de individuos solos o grupos de parentesco extensos). En el sur de Europa tales «casas» frecuentemente se concentran en el interior de recintos de fosos o, en el sureste, en aldeas compactas «de tipo tell». Ciertas casas, que fueron abandonadas tras producirse en ellas incendios, como en Kapitan Dimitrievo y Slatina en Bulgaria (Marinova, 2007) o Hornstaad Hörnle 1A en el antepaís Alpino (Maier, 1999), han proporcionado diversos conjuntos de herramientas y grano almacenado, lo que sugiere la existencia de unidades «familiares» de producción y consumo. El pretendido almacenaje «comunal» de Knossos se corresponde con el grano (¡una «ración» diaria!) descubierto en un contexto de basurero. La organización doméstica ofrece ventajas prácticas para el desarrollo de los cultivos, caracterizadas por unos rendimientos diferidos fundamentados en elevadas inversiones de trabajo, y especialmente en contextos medioambientales que presentan una fuerte estacionalidad, con períodos muy restringidos para poder sembrar y cosechar. No obstante, las unidades domésticas individuales solo son viables a corto plazo y dependen periódicamente de los vecinos para contar con alimentos, trabajo, ganado para cría, parejas, apoyo político, defensa y conocimientos. Mientras que la arquitectura doméstica del Neolítico subrayó la identidad familiar, el trabajo comunal (por ejemplo en la excavación de los recintos de fosos), los ritos de paso que compartían estos grupos (enterramiento, rituales de caza) y la comensalidad formalizada (empleo de «vajilla de mesa» fina) reforzaron la solidaridad colectiva.

Se puede deducir la existencia de un control del ganado, como el de los cultivos, en el ámbito doméstico a partir de la desigual distribución de las especies entre las casas del Neolítico antiguo en Cuiry-lès-Chaudardes, en el norte de Francia (Hachem, 2000), y también a partir de la oposición entre lo «privado» y lo «público», que se puede observar en el trabajo selectivo de los huesos de animales domésticos y salvajes (véase más arriba), y quizás a partir de la presencia variable de grasas lácteas y no lácteas de rumiantes y de cerdo en cerámicas del Neolítico reciente en Makriyalos y Stavroupoli en el norte de Grecia (Urem-Kotsou y Kotsakis, 2007). No obstante, muchos si no todos los animales domésticos que fueron sacrificados en los yacimientos al aire libre de Europa meridional, desde el final de su primer año de vida en adelante, eran demasiado grandes como para que se consumieran rápidamente por parte de una sola unidad doméstica. En Grecia, mientras que los datos relativos al procesamiento de la carne nos indican que esta no se desperdiciaba, y el hecho de que los animales se sacrificaran más o menos durante todo al año sugiere que apenas se almacenaba su carne (Halstead, 2007), la dispersión de ciertas partes de los cuerpos de los animales en Knossos y Paliambela-Kolindrou antes de ser desechadas sugiere que se consumían en un ámbito superior al de la simple esfera doméstica. Los animales domésticos serían, por tanto, el elemento principal para el

mantenimiento de la solidaridad colectiva a través de los banquetes, y, dado que la mayoría podrían haber sido sacrificados más jóvenes y consumidos en la esfera doméstica, probablemente son criados con esa finalidad.

El consumo de animales domésticos servía tanto para la competición entre unidades domésticas como de elemento de solidaridad colectiva. En el yacimiento del Neolítico reciente de Promachon, en el norte de Grecia, la decoración de las casas con bucráneos conmemoraría presumiblemente rituales de hospitalidad del pasado. En el yacimiento del Neolítico antiguo de Bozejewice 22/23, en la zona central de Polonia, donde se arrojaron restos de ganado vacuno durante la construcción y de ovicápridos durante el uso de una casa alargada, el sacrificio de los grandes animales probablemente serviría para movilizar la fuerza de trabajo en las tareas de su edificación (Marciniak, 2006). Estas «fiestas del trabajo» pueden estar también detrás de la asociación existente entre las casas alargadas y los animales domésticos, y entre las pequeñas viviendas y la caza en Cuiry-lès-Chaudardes, y, aunque sea algo arqueológicamente menos visible, el trabajo agrícola sería, sin duda, movilizado de la misma manera. La capacidad de la comensalidad para, a la vez, unir y desunir es evidente en el Neolítico reciente en Makriyalos, donde el hoyo 212 fue rápidamente rellenado con restos del sacrificio de varios centenares de animales domésticos y enormes cantidades de cerámica, presumiblemente como resultado de una gran reunión de población de la comunidad local o la región. Los recipientes de cocina y servicio de «tamaño familiar» presentaban una importante estandarización, publicitando la solidaridad colectiva, aunque las copas, que son piezas únicas, habrían realzado también la identidad individual (Urem-Kotsou y Kotsakis, 2007).

La importancia cultural de los animales domésticos fue también publicitada por las figuritas zoomorfas del sureste de Europa y la decoración zoomorfa de los recipientes cerámicos del sureste y suroeste de Europa. Aunque tuvieran una importancia secundaria en la dieta, su papel fue primordial en la promoción tanto de los intereses domésticos como de la solidaridad colectiva, y, por ello, apuntalaron la economía política del Neolítico. Su papel en la competición doméstica proporcionó también un motivo para mantener un número de cabezas de ganado más grande, cuyos testimonios indirectos en los registros faunísticos, sedimentarios y botánicos de la Europa meridional (véase más arriba) pueden reflejar una tendencia importante en el uso de la tierra a lo largo del tiempo en el Neolítico.

La supervivencia de los hogares neolíticos requería la sobreproducción regular de cultivos básicos, y el «excedente normal» resultante proporcionó probablemente grano y animales cebados para los banquetes (Halstead, 2004). La hospitalidad competitiva, en tanto que poderoso incentivo para la sobreproducción, a su vez pudo haber incrementado significativamente la seguridad en la subsistencia. En el Knossos neolítico el ganado de tiro pudo haber permitido la siembra de cultivos más deprisa y a mayor escala, reduciendo el riesgo de malas cosechas e incrementando la posibilidad de obtener un excedente —parte del cual pudo ser reinvertido en el ganado empleado para el trabajo (Isaakidou, 2008)—. Si la tensión entre la familia y la aldea, o entre los derechos y obligaciones «privados» y «colectivos» era parte integral de la agricultura mixta neolítica en el paisaje fuertemente estacional de la Europa meridional, la resolución «comensal» de estas tensiones determinó igualmente las prácticas campesinas y especialmente la ganadería. Así, poniendo el foco de interés en la economía, más que en la subsistencia, se subraya la estrecha integración existente entre la sociedad, la ideología y el uso de la tierra en el Neolítico.

Conclusión: patrones y diversidad en la neolitización del sur de Europa

El grado de dependencia que los habitantes neolíticos de Europa tuvieron para su subsistencia respecto de un tipo particular de especie animal o vegetal, y las formas en las que se explotó, varió sin duda —local, regional y temporalmente—. Las evidencias disponibles son escasas, pero, teniendo en cuenta sus diversos procesos de formación, resultan sorprendentemente uniformes. Los habitantes neolíticos de la Europa meridional (y la mayoría de la templada) cambiaron rápidamente de la economía predadora a la productora, y los primeros campesinos vivieron principalmente de los granos cultivados, probablemente desarrollados en terrenos pequeños, que fueron cultivados intensamente durante largos períodos, alterando mínimamente los paisajes «naturales». En la mayor parte del sur de Europa el animal doméstico dominante fue la oveja, idónea para integrarse a la perfección con la agricultura. La primera «horticultura» fue favorecida por la tracción vacuna, quizás especialmente al sur, en la isla de Creta, donde la acción conjunta de las precipitaciones tardías del otoño y la sequía temprana del verano situaban la siembra de los granos cultivados bajo un estrés temporal muy fuerte (Isaakidou, 2008).

Se ordeñaban los animales domésticos de forma generalizada y los patrones de sacrificio apuntan hacia un aprovechamiento intensivo de los productos lácteos de ovejas y cabras en el Mediterráneo noroccidental y del vacuno en el antepaís Alpino. Sin embargo, esa ganadería especializada pudo haberse concentrado en áreas marginales de la producción agrícola, restringiéndose en buena medida al comienzo del Neolítico, en contra de lo que defendía la «revolución de los productos secundarios» de Sherratt, en la que el uso de la leche, la lana y la tracción comenzaban en el Neolítico más reciente, en el IV-III milenio a.C. (Sherratt, 1981). La mayor parte de la información disponible sobre los patrones de sacrificio de los animales en la Europa meridional se aproxima a lo que podríamos denominar una «estrategia para el aprovechamiento de la carne», lo que implica que la explotación de los productos secundarios no era intensiva y representaba un compromiso con el consumo de los productos primarios de la carne de los animales (Vigne y Helmer, 2007; Halstead y Isaakidou, 2011). Muchos de esos animales eran criados probablemente hasta que tenían el suficiente tamaño para ser consumidos en eventos especiales diseñados para promover el estatus de la unidad doméstica y la solidaridad comunal.

La transición aparentemente rápida hacia un régimen agrícola uniforme por todo el sur de Europa se atribuye a veces a su introducción a cargo de colonos inmigrantes, pero también puede reflejar la naturaleza integral y la elasticidad de la agricultura mixta intensiva. Solo el ADN humano antiguo puede determinar los orígenes biológicos de los primeros agricultores (a diferencia de los domésticos que se introdujeron), pero la variación regional en la organización de los asentamientos, el papel de la caza y el pastoreo en la aculturación del paisaje y la reproducción social, y la cultura material de la comensalidad subrayan la importancia del desarrollo y la «agencia» locales en la formación de las economías políticas del Neolítico, a diferencia de lo que ocurre con los sistemas de subsistencia. La neolitización supuso un cambio radical en la subsistencia —de la caza y la recolección a la agricultura y

ganadería—, pero también en la economía con el surgimiento de las unidades domésticas y las aldeas, y una cuidada cultura material portátil y arquitectónica que medió en las tensiones existentes entre estos dos niveles de integración social en competencia. La neolitización supuso el desarrollo de cambios indisolubles en la subsistencia, la economía y la ideología.

Capítulo III

La interpretación de la arquitectura doméstica del Neolítico en Europa[2]

Daniela Hofmann
(Traducción: Rafael Garrido Pena)

Las casas tienen muchas funciones: una casa proporciona por supuesto cobijo y protección, pero ello no explica la extraordinaria variedad de formas domésticas conocidas. Una casa estructura también el espacio: separa lo exterior de lo interior y permite su subdivisión para el desarrollo de actividades específicas, para las personas y los animales; estructura, por tanto, las relaciones entre sus moradores, y entre estos y los foráneos. Las casas pueden también proyectar el estatus de sus ocupantes, por ejemplo, a través de su tamaño, decoración o calidad y cantidad de su mobiliario interno. Tienen dimensiones simbólicas, y algunas son auténticos microcosmos de la historia de una sociedad, de sus mitos y de sus relaciones con las fuerzas sobrenaturales (Hugh-Jones, 1995). Finalmente una «casa» puede constituir un referente para un grupo de personas vinculadas en alguna medida con un linaje común, como en las casas nobiliarias de la Europa medieval.

La manera en la que los arqueólogos se han aproximado al estudio de las casas es asimismo variada. Lawrence (1990: 220) identifica siete formas principales de interpretar la arquitectura vernácula, desde la simple descripción y clasificación tipológica hasta los intentos de reconstruir la composición de las familias o las imágenes espaciales colectivas de una sociedad (véase también Steadman, 1996). Pero raramente resulta suficiente escoger solo una de estas opciones interpretativas. Las casas cumplen un papel central en las relaciones sociales humanas y, por ello, están íntimamente vinculadas de forma simultánea a múltiples esferas de significado y acción.

Desde el punto de vista material, las casas son primero y sobre todo estructuras físicas que podemos medir, y actualmente se emplean diversas técnicas para identificar, por ejemplo, su grado de accesibilidad o aislamiento o la complejidad de sus subdivisiones internas (Hillier y Hanson, 1984; para un ejemplo del Neolítico véase Chapman, 1990). Pero las relaciones sociales o los elementos cosmológicos no se

[2] Mi gratitud de todo corazón a Alasdair Whittle por sus agudos comentarios sobre una versión anterior de este trabajo, y al Leverhulme Trust por apoyar mis investigaciones sobre el Neolítico.

reflejan en la arquitectura de una forma directa. Por ejemplo, no podemos asumir que los espacios más restringidos implican siempre la existencia de un mayor control social, y hemos de ser precisos sobre a qué tipo de «control» nos referimos. Las medidas e índices son un punto de partida para la interpretación, no su resultado final. Los espacios y sus posibilidades sensoriales albergan el potencial para el desarrollo de diferentes tipos de interacción social, y no a todo el mundo le afectaría exactamente de la misma forma el interior de la casa (Samson, 1990: 10).

A una escala macro de interpretación los arqueólogos pueden ver las casas también como parte de una serie de dicotomías que estructuran el mundo conceptual de las sociedades del pasado, por ejemplo entre interior/exterior, profano/sagrado, doméstico/público, femenino/masculino. Oposiciones como estas, especialmente también las planteadas entre sedentarismo/movilidad y agricultura/caza han creado a veces contrastes artificialmente pronunciados entre las sociedades mesolíticas y las neolíticas en muchas partes de Europa, que han originado ciertas visiones que defienden la existencia de rupturas bruscas, colonizaciones y desplazamientos, en lugar de convergencias y transformaciones graduales (sobre este debate consúltese Whittle, 1996). Las casas forman parte de esos esquemas, quizás más claramente en la obra de referencia de Hodder (1990). En ella se las equipara, desde Turquía a Europa noroccidental, y se las subsume en un mismo principio doméstico *(domus),* diametralmente opuesto a lo salvaje *(agrios).* Aunque esta obra es sugerente y provocadora, ha sido criticada, entre otras cosas, por su alto grado de generalización, que rechaza la variabilidad y las trayectorias divergentes, al asumir que lo doméstico y lo salvaje se pueden separar claramente, y porque tiene poco en cuenta las prácticas y rutinas cotidianas: el auténtico «significado» e importancia de la casa queda desvinculado de lo que la gente realmente hizo allí. No obstante, la idea de que la casa denota algo más que lo meramente cotidiano ha tenido mucho éxito.

La arquitectura doméstica entrelaza más que refleja directamente esas dicotomías (Samson, 1990: 6; Parker Pearson y Richards, 1994a: 7). En lugar de interpretar la arquitectura doméstica de forma abstracta, podríamos comenzar por las biografías de los edificios individuales (véase Kopytoff, 1986), considerando las casas como algo íntimamente ligado a las vidas de sus moradores. Las casas nacen (se construyen), viven (se utilizan, reparan, etc.) y finalmente mueren (abandono, destrucción) (para ejemplos neolíticos véase Robb, 2007; Bailey, 1990: 31-44; Smyth, 2006; para ejemplos etnográficos véase Bloch, 1995). Ello introduce una cierta flexibilidad analítica, al reconocer que el significado y el uso de una estructura, o la composición de la unidad social que la habita (la familia), no son estáticos. Dentro de una misma tendencia general se pueden dar múltiples biografías divergentes.

Así, un importante reto interpretativo es plantearse cómo combinar los principios generales de estructuración con las decisiones sociales a escala micro, a menudo denominados estructura y agencia. Las discusiones sobre este particular citan con frecuencia a Bordieu (1990), cuyo estudio de la casa bereber detalla cómo la organización del espacio doméstico inculca el sentido del lugar que uno ocupa en el mundo. Eso es algo que no se aprende por medio de reglas abstractas, sino a través de las repetitivas prácticas rutinarias, recogiendo con ello todo un sistema no articulado de valores y normas. Estos, que forman el *habitus,* permanecen flexibles hasta tal punto que constituyen un recurso a partir del cual se pueden plantear nuevas situaciones. Se puede criticar a Bordieu por seguir subestimando la capacidad

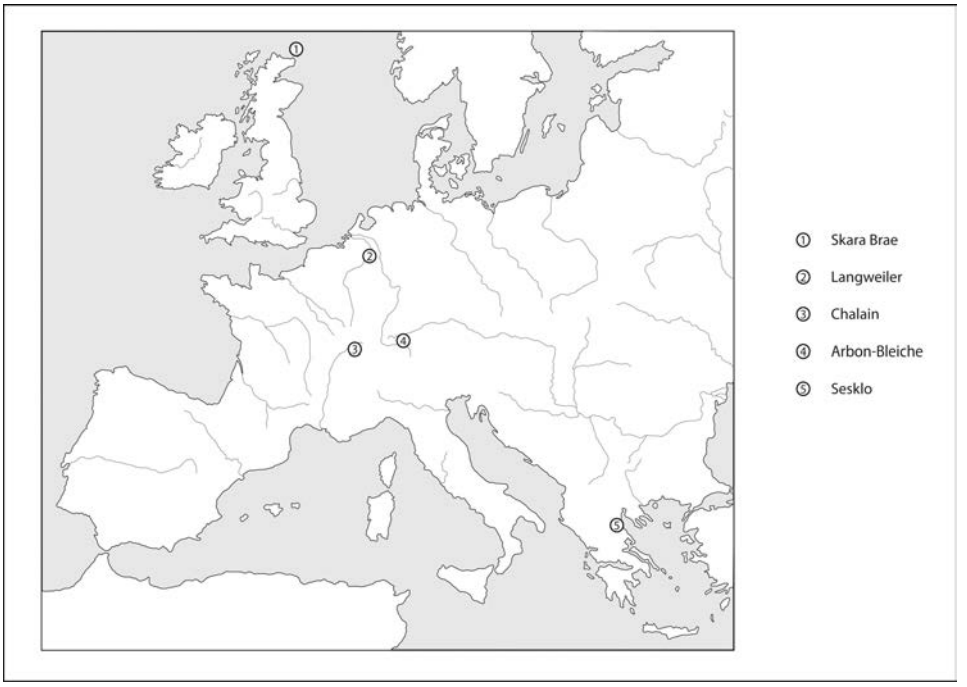


Figura 1. Situación de los principales yacimientos mencionados.

innovadora de las personas (Farnell, 2000; Jenkins, 1992; De Certeau, 1984), pero lo cierto es que muestra cómo la gente y el entorno construido se engendran mutuamente de forma dialéctica: como se admite ahora de forma generalizada, la arquitectura es tanto un medio como un producto de la práctica (véase Parker Pearson y Richards, 1994a: 3; Samson, 1990: 14; Jones, 2007: 92; Ingold, 2000: 172-188; Carsten y Hugh-Jones, 1995). Más que un reflejo de la estructura social, los edificios ofrecen una perspectiva desde la que aprehender el mundo (Barrett, 2006: 15). No son intentos de canalizar un significado abstracto e intelectualizado, como el «concepto de sedentarismo», sino exploraciones, a través de la práctica, de ciertas perspectivas situadas en su contexto histórico (Barrett, 2006: 16, 28; véase también Nanoglou, 2008: 141).

Este capítulo se centrará en los estudios que aborden amplios temas sobre la estructura y contingencia en el Neolítico europeo (Figura 1, pero ténganse en cuenta los importantes trabajos en Çatalhöyük, Turquía: Hodder y Cesford, 2004; Boivin, 2000; Hodder, 2005). Trataré en él los patrones de actividad, la cosmología y la organización social, temas todos centrales en la arqueología del Neolítico, pero donde haya existido una tendencia a centrarse en los comportamientos y elecciones «promedio». Una sección final sobre la contingencia argumentará que este deseo de identificar el orden debe ser compensado con una mayor atención hacia la agencia y la diferencia, para introducir un elemento dinámico en nuestras interpretaciones.

Las actividades

El uso de los espacios dentro de los edificios es crucial, pero en muchas zonas son muy escasos los hallazgos de suelos de casas con restos de ocupación *in situ,* por lo que debemos centrarnos en la distribución de los artefactos que se documenta en los hoyos que las rodean (Last, 1998) o en patrones químicos, como por ejemplo los análisis de fosfatos (para un ejemplo neolítico véase Crowther, 2007). La situación es diferente en los poblados lacustres de la Europa central alpina, que se construyeron desde el 4300 cal. a.C., y en el Bronce Final (Menotti, 2004, Strahm, 1997). La conservación del material orgánico nos permite reconstruir de forma detallada las secuencias de los edificios, y nos proporciona evidencias de muchas actividades que serían invisibles en cualquier otro sitio. Se han publicado ya con cierto detalle numerosos yacimientos (Jacomet *et al.,* 2005; Pétrequin, 1997a; 1997b; Schibler *et al.,* 1997; sección especial en *Bericht der Römisch-Germanischen Kommission,* 1990).

En la mayoría de los poblados lacustres neolíticos las casas son estructuras relativamente pequeñas (6-12 m $\times$ 3-6 m), de una o dos habitaciones, dispuestas en filas, a veces flanqueando una pasarela de madera o rodeadas por una empalizada. La impresión es de una extraordinaria uniformidad en el tamaño y la planta de las casas, y una escasa elaboración arquitectónica o decoración, aunque en Suiza oriental se adosaron pechos de barro pintados a las paredes de algunas casas (Hasenfratz y Gross-Klee, 1995).

Un ejemplo, entre otros que se podrían citar, es el yacimiento de Chalain 3, situado en un pequeño lago en el Jura francés, que cuenta con varios ciclos de ocupación que arrancan en torno al 3185-2700 a.C. (Pétrequin, 1997a; 1997b; Hofmann y Whittle, 2008). En su fase VIII, la más antigua, la aldea contaba con diez o quince casas con un hogar en la parte trasera, y un área para dormir y de almacenaje en la delantera, pero sin ninguna partición diferenciada (Figura 2c; Arbogast *et al.,* 1997: 595). El hogar era el lugar donde se preparaban y consumían los alimentos y se desarrollaban actividades artesanales como el trabajo de la madera, mientras que las tareas más sucias y aquellas que requerían mayor espacio se desarrollaban cerca de la puerta o fuera (carnicería, aventado del cereal, etc.). Sin embargo, la distribución de las herramientas de usos múltiples, como los raspadores, y de los «aperitivos» como las avellanas, sugiere que muchas actividades tenían lugar en cualquier parte de la casa, sin que manifieste ningún patrón espacial marcado (Arbogast *et al.,* 1997: 588-94).

A pesar de que la información disponible es tan detallada se han realizado muy pocos esfuerzos para intentar establecer los procesos sociales a escala micro (véase Whittle, 2003). Por ejemplo, un calendario de tareas anuales para las aldeas lacustres (Jacomet, 2009) detalla los requerimientos laborales de las familias. Se considera que los patrones de actividad eran bastante rutinarios y normativos, y encuentran su eco en la arquitectura normativa creando «típicas» familias. Sin embargo, esto nos ofrece una imagen muy estática de la gente en general, como personas que siguen ciertas reglas, o están ligadas a motivaciones predecibles, tales como la maximización de la producción (para una crítica véase Whittle, 2003; Hofmann y Whittle, 2008). Sin duda, las rutinas tuvieron un importante protagonismo en los espacios domésticos. Por ejemplo, en Chalain, la ausencia de diferenciaciones arquitectónicas internas junto con las distribuciones de artefactos coinciden bien con la teoría de Kent (1990: 149) según la cual en los lugares íntimos donde la gente se relaciona

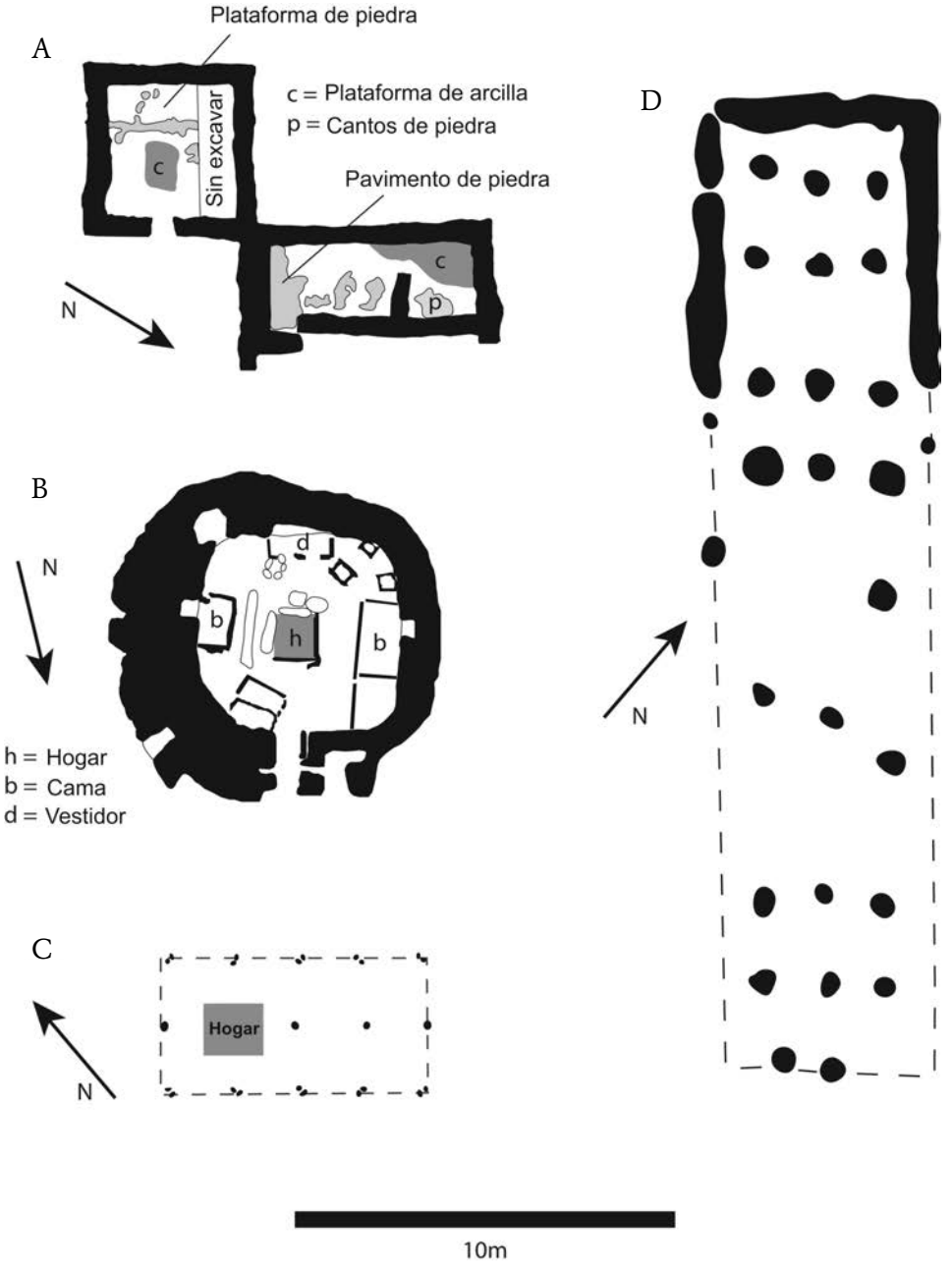


Figura 2. Plantas simplificadas de las casas neolíticas mencionadas: A) Casa 7 de Skara Brae (según Ritchie, 1995: 39). B) Casa en Sesklo (según Souvatzi, 2008: fig. 4.10). C) Casa experimentalmente reconstruida en Chalain (según Gentizon y Monnier, 1997: fig. 1). D) Casa 67 de Langweiler 8 (según Von Brandt, 1988: fig. 113).

diariamente no es necesario que estén explícitamente marcados los espacios adecuados para determinadas actividades, porque son de sobra conocidos a través del hábito cotidiano, y no requieren pistas arquitectónicas para ser identificados. Para añadir ulteriores dimensiones temporales podemos emplear la idea de Rapoport (1990) de los «sistemas de actividades en sistemas de lugares». Para él es crucial no investigar las actividades aisladas, ya que lo que ocurre en un lugar influye en cómo la gente se aproxima a otro. Los lugares no son simplemente espacios arquitectónicos, sino que comprenden también el momento del día o la época del año, las restantes personas presentes y sus actividades. Todas estas claves ayudan a los individuos a determinar de forma apropiada sus comportamientos y aportan vínculos entre las actividades a lo largo del tiempo (Rapoport, 1990: 12-16; ver también Ingold, 2000: 189-208).

Partiendo de todo ello, podemos imaginar a un grupo familiar desarrollando diversas tareas. Durante el día la mayoría de los miembros más fuertes llevan a cabo las tareas agrícolas o cuidan del ganado, quizás dejando la pesca, el tejido y los juegos a los niños y los ancianos. Más tarde, cuando regresa la mayoría de los miembros del grupo, se limpia la casa de los desechos de las distintas actividades, se prepara la comida y se comparte. La mayoría de los alimentos eran probablemente comunales, ya que las cerámicas que presentan residuos de comida son generalmente grandes fuentes abiertas. Este es un momento de intenso contacto social, cuando la casa está llena de gente. Las actividades artesanales pueden aún continuar a la vez que se charla, se come o se duerme. Habría reuniones de distinto tipo a lo largo del año. La trashumancia implica que ciertos individuos se encontraban fuera en determinadas épocas, se topaban quizás con extraños y acumulaban experiencias cruciales para, por ejemplo, su sentido de la identidad de género. En otros momentos el énfasis pudo ponerse en la proximidad física a los otros en torno al hogar, o cuando dormían unos junto a otros en un reducido espacio (Whittle, 2003: 145; para encontrar referencias más completas véase Hofmann y Whittle, 2008). En esa disposición la intimidad y la separación serían señaladas por medio de gestos, tales como a quién se permite comer primero o en qué posición se sienta cada uno en torno al fuego.

Existiría una considerable variación estacional y anual en todas estas rutinas, pero ya volveremos sobre este punto en el epígrafe dedicado a la contingencia. Por el momento debemos preguntarnos también sobre las razones por las cuales la gente repitió esos patrones de comportamiento y esas disposiciones arquitectónicas durante generaciones —algo que no queda del todo explicado por la existencia de rutinas que no se reflejan en el registro arqueológico—. Es en la búsqueda de las motivaciones donde los autores han invocado más sistemáticamente el significado simbólico de los patrones espaciales.

Cosmologías

Quizás no sea sorprendente que esta línea de investigación haya sido tan popular entre los arqueólogos británicos, dado que se conocían muy pocas casas, y, por ello, era más fácil interpretarlas como estructuras especiales, más vinculadas a los monumentos que a la vida cotidiana (como ha señalado Smyth, 2006: 240). Esto ha cambiado gracias al descubrimiento de numerosas casas en Irlanda (Smyth, 2006),

con algunos ejemplos también en Escocia (Brophy, 2007), y recientemente en el monumento de madera de Durrington Walls en el sur de Inglaterra (Parker Pearson, 2007). No obstante, siguen siendo abundantes los estudios que insisten en vincular la arquitectura doméstica con la cosmología.

Un ejemplo célebre es el asentamiento de Skara Brae, en Mainland (islas Orcadas), actualmente un yacimiento Patrimonio de la Humanidad. La ocupación comienza en él en torno al 3100 a.C. y se desarrolla a lo largo del Neolítico. Existían simultáneamente hasta ocho edificios subrectangulares de piedra (en torno a 8 m × 9 m en su interior) conectados por pasadizos. Disponían de un «mobiliario» estandarizado de piedra, cuyas denominaciones probablemente reflejan nuestros conceptos modernos previos de la típica casa, más que las auténticas funciones de esas instalaciones (Figuras 2b y 4a; Ritchie, 1995: 30-39; Richards, 1990, véase también Richards, 2003). Hay un hogar central, flanqueado a derecha e izquierda por las así denominadas «camas». En el lado opuesto a la entrada hay un «vestidor», o estante de piedra. Todos esos elementos juntos crean un patrón cruciforme centrado en torno al hogar (Parker Pearson y Richards, 1994b: 41; Richards, 1990). La mayoría de las casas también tienen habitaciones tipo celda y pequeñas cajas revestidas de arcilla como depósitos de agua.

El interés del enfoque de Richards descansa en las conexiones que traza entre la estructura espacial de las casas y las tumbas y su vinculación con los eventos del calendario. Por ejemplo, en muchas casas la puerta está ligeramente desplazada hacia la derecha, iluminando más la parte derecha de la casa, al recibir más luz del exterior. La cama del lado derecho suele ser también mayor que la del izquierdo, rompiendo la simetría general y dirigiendo el movimiento alrededor del edificio, quizás en relación con la división sexual de los espacios y tareas (Parker Pearson y Richards, 1994b: 44). Las tumbas contemporáneas de tipo Maes Howe muestran también un patrón cruciforme, con cámara central y cámaras laterales, análogas respectivamente al hogar y el mobiliario dispuesto en torno a las paredes de las estructuras domésticas. Las casas y las tumbas comparten la misma orientación hacia los eventos del solsticio: el más célebre es cuando los rayos del sol penetran durante el ocaso en la cámara central de Maes Howe precisamente en pleno invierno, quizás para marcar un nuevo ciclo de regeneración de la fuerza vital de los ancestros albergados allí (Parker Pearson y Richards, 1994b: 47).

Este esquema asume la existencia de una relación dialéctica entre la cosmología y la vida diaria: los principios cosmológicos relacionados con los ancestros y el paso del tiempo subyacen a la estructuración de las actividades diarias, que, a su vez, refuerzan los valores y posiblemente las jerarquías a través de las rutinas. El significado se experimenta como algo real desde un punto de vista somático a través de la práctica (Parker Pearson y Richards, 1994b; Richards, 1990). Se han propuesto similares argumentos a propósito de las fases más antiguas del Neolítico en las Orcadas (Richards, 2003; Jones, 2007: 110-17), lo que implica la existencia de una estructura conceptual potencialmente muy estable y duradera.

Esta interpretación es convincente porque se apoya en muchas líneas de evidencia. No obstante, enfatiza el orden y la similitud: hay reglas estrictas que impregnan todos los aspectos de la vida y son respetadas por todo el mundo durante siglos. Es difícil imaginar que una gente atrapada en este sistema ordenado pudiera haber impulsado cambio alguno. Parker Pearson y Richards (1994b: 65) sugieren que resultan más fáciles de transformar los principios cosmológicos allí donde no se en-

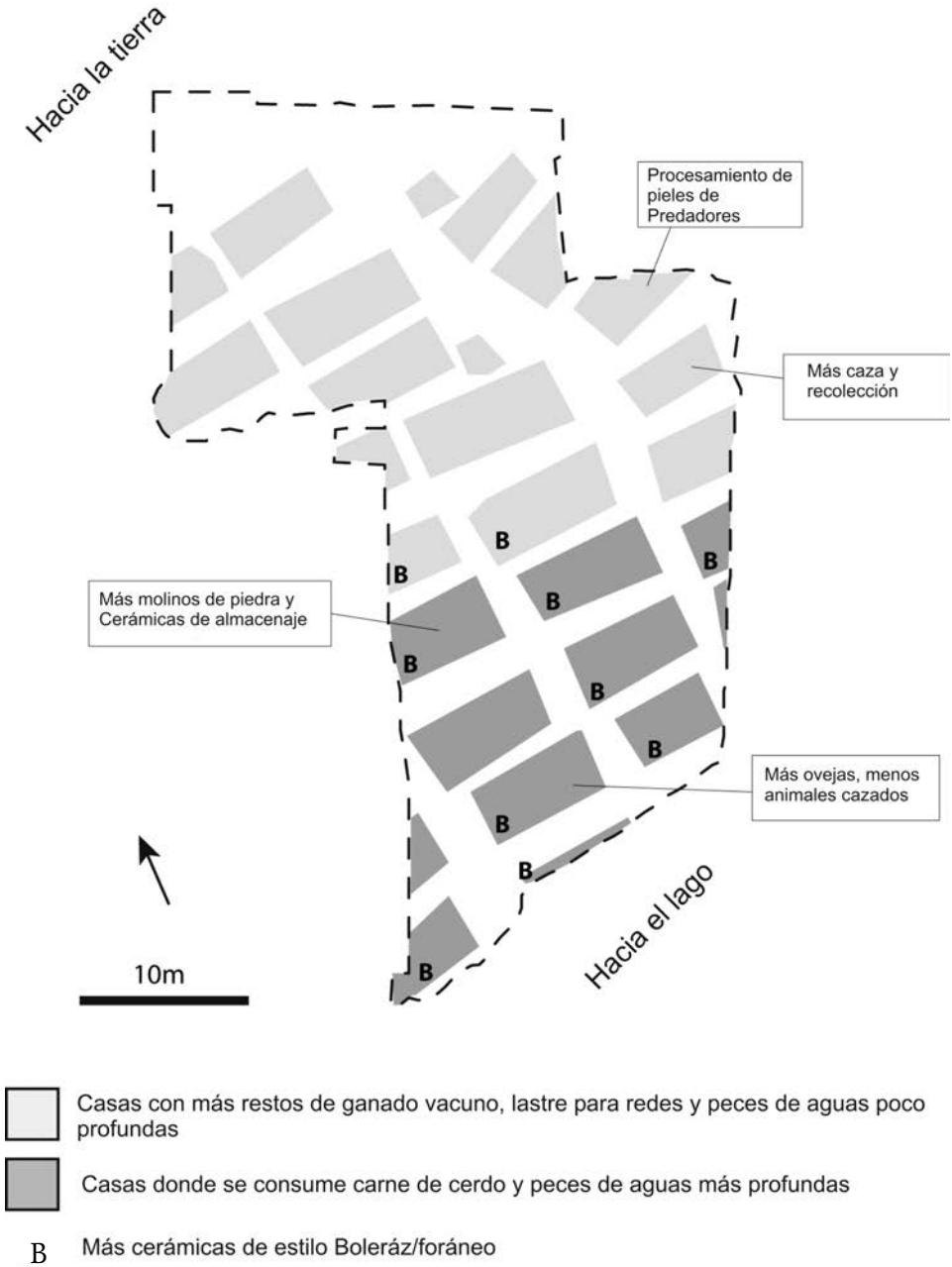


Figura 3. Algunos aspectos relativos a la distribución de los hallazgos en Arbon Bleiche (mapa base según Leuzinger y Jacomet, 2005: fig. 11; datos resumidos a partir de Jacomet *et al.*, 2005).

cuentran tan en primer término. Este vínculo teórico puede ser cuestionado, ya que es incluso improbable que todo el mundo compartiera el mismo sistema cosmológico (Samson, 1990: 16; Souvatzi, 2008). Quizás el factor crucial son las relaciones existentes entre las personas, que en la práctica pudieron ser más flexibles de lo que las grandes cosmologías sugieren.

La estructura social

Borić (2008) afronta la cuestión de los grupos que viven en las viviendas empleando el modelo de «sociedades de casa» de Lévi-Strauss. La «casa» es aquí un grupo social que no está determinado solo por la estructura de parentesco, sino también por la corresidencia y otros vínculos diversos. En este modelo la gente usa de forma flexible diversas conexiones sociales para asegurar la transmisión de la herencia de la propiedad y los derechos. La casa como estructura física proporciona la necesaria continuidad para complementar esta flexibilidad. Al asociar a las personas con un edificio estas pueden ser reclasificadas como una unidad social significativa, continua a lo largo del tiempo (Borić, 2008: 111-13).

Esta idea aporta algo de la tan necesitada flexibilidad a varios casos neolíticos objeto de estudio. Por ejemplo, las casas alargadas monumentales de madera de la cultura centroeuropea de la Cerámica de Bandas (LBK, 5600-4900 cal. a.C.), unos edificios rectangulares imponentes, frecuentemente de 30 m o más de longitud (figuras 2d, 4c), han sido tradicionalmente interpretadas en términos de reglas de herencia. En los asentamientos mayores, como Langweiler 8, en el noroeste de Alemania, se constató que los edificios eran reemplazados cada veinte o veinticinco años, cuando aún estaban estructuralmente sanos. Nuevas casas se construyeron en las proximidades, de tal suerte que cada vivienda era replicada una vez cada generación en un área circunscrita (Stehli, 1994). Una posible interpretación es que tras la muerte del cabeza (masculino) de familia, el hijo mayor construyera una nueva estructura adyacente a la de su padre en «su» parcela de tierra, perpetuando así la unidad familiar (Lüning, 2005). En esta visión las familias son unidades sociales estáticas, muy semejantes entre sí, que pueden reproducirse a lo largo del tiempo. Por ello, no atiende a la variabilidad, muy evidente en el tamaño de los edificios y su elaboración interna, ni a las diferencias regionales y cronológicas (Coudart, 1998; Modderman, 1988; Hofmann, 2006), y perpetúa nuestra visión moderna de las unidades familiares como familias nucleares.

Por el contrario, para Borić (2008: 126; véase también Whittle, 1996; 2003), la casa alargada es un poderoso mecanismo para la integración de personas de diversas procedencias, que no necesariamente han de tener vínculos de parentesco. Las relaciones son flexibles y abiertas a la renegociación, y pueden, por ejemplo, facilitar el alojamiento de cazadores-recolectores en una nueva sociedad agrícola. La casa es un lugar donde se comparte la comida y se crean lazos a través de las rutinas cotidianas, coreografiadas en su complejo interior. A la vez, la monumentalidad de la casa se relaciona con toda una historia y unos mitos compartidos en torno a los propios orígenes, mientras que su relativa continuidad espacial enfatiza los vínculos con el pasado y la transmisión de los derechos, por ejemplo, a la propiedad de la tierra.

El modelo de las «sociedades de casa» amplía el debate sobre la vida social de la cultura de la Cerámica de Bandas, pero también tiene sus propios problemas. El

modelo original de Lévi-Strauss estaba específicamente dedicado a la explicación de la transición entre las sociedades basadas en el parentesco y las jerarquizadas (Carsten y Hugh-Jones, 1995: 10), y ello quizás es un lastre teórico excesivo para intentar su aplicación a contextos neolíticos que son muy variados. Las casas, como construcciones físicas, son importantes en muchas sociedades, tanto porque integran a las personas como porque vinculan, en un sentido genealógico, a los antepasados con sus sucesores potenciales, pero todo esto sigue siendo una afirmación muy general. El aplicar el concepto de «sociedades de casa» a la mayoría o a todas ellas supone reunir demasiadas cosas diferentes bajo un mismo término, con lo que el concepto pierde rápidamente su utilidad analítica (Carsten y Hugh-Jones, 1995: 17). Aunque inicialmente el concepto de «sociedades de casa» pueda ser un instrumento comparativo útil, no nos aproxima lo suficiente a la diversidad del pasado.

La contingencia

Para apreciar la variabilidad debemos percatarnos de que las unidades familiares no eran uniformes, ni a lo largo del tiempo ni en todo un asentamiento, sino que estaban compuestas por personas con distintas trayectorias, metas, capacidades, necesidades, etc. Tringham (1991: 100-03) ha llamado la atención sobre la necesidad de que se tenga más imaginación a la hora de reconstruir esta microescala de la interacción social. Su propuesta, la redacción de relatos ficticios ambientados en un edificio que ella excavó, supone un reto a lo que se asume que está en la médula de las reconstrucciones más «científicas», pero en sí misma ofrece escasas oportunidades de abordar de forma crítica las evidencias de las acciones a pequeña escala. Sigue siendo demasiado fácil relegar esta dimensión a un añadido literario posterior dentro de visiones mucho más generales, por ejemplo, sobre «la creciente exclusión social» (Bailey, 2000). Sin embargo, los grupos sociales de pequeña escala, los habitantes de las casas que excavamos, no son solo los fieles portadores de las estructuras que identificamos, sino aquellos que perpetúan o transforman la sociedad a través de sus acciones y a los que hay que otorgar en nuestros modelos el peso que les corresponde.

Quizás esto lo consigue de forma más consistente el estudio de las unidades familiares del Neolítico griego a cargo de Souvatzi (2008: 23-34). Esta investigadora rechaza tanto la idea de la «típica unidad familiar» como los modelos de evolución unilineal, y parte del fundamento según el cual la unidad familiar no solo satisface necesidades como el suministro de alimento o la reproducción, sino también otras como la seguridad o el apoyo emocional, asuntos sobre los cuales pueden existir contradicciones y conflictos. En la escala de la unidad familiar las estrategias de continuidad a largo plazo se cruzan con las ideadas a corto plazo para las situaciones inmediatas. Las preocupaciones individuales han de ser integradas con las colectivas, tanto dentro de la unidad familiar como a escala de toda la comunidad. Estas demandas variadas y contradictorias resultan en una interacción entre lo inmutable y lo fluido, la solidaridad y la división, la estructura y la adaptación creativa, que caracteriza la vida social a esta escala (Souvatzi, 2008: 46, 231). Estos binomios no son contraposiciones ni permanecen estáticos a lo largo del tiempo.

Souvatzi (2008: 85) identifica en su propia zona de estudio en Sesklo lo que denomina una «variabilidad ordenada». Sesklo es un gran asentamiento del Neolíti-